

QUIEROSABER

La sociedad china contemporánea

Leïla Choukroune

La sociedad china contemporánea

Leïla Choukroune



EDITORIAL UOC

Director de la colección: Lluís Pastor

Diseño de la colección: Editorial UOC
Diseño del libro y de la cubierta: Natàlia Serrano

Primera edición en formato digital: octubre 2015

© Leïla Choukroune, del texto

© Editorial UOC (Oberta UOC Publishing, SL) de esta edición, 2015
Rambla del Poblenou, 156, 08018 Barcelona
<http://www.editorialuoc.com>

Realización editorial: Oberta UOC Publishing, SL

ISBN: 978-84-9064-387-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.

Leïla Choukroune

Directora (profesora) del Centro para las Ciencias Sociales y Humanidades (CSH), Nueva Delhi India, en la Unidad de Centro de Investigación Nacional de Francia (CNRS) en el sur de Asia.

Profesora visitante en el Instituto Mundial del Comercio (Berna), la Universidad de París II Panthéon-Assas, el Centro de Formación de Política Comercial en África (Arusha, Tanzania), la Escuela China-UE de la Ley (Beijing), y la Universidad de Ginebra.

Cuando era profesora asociada de derecho económico internacional con la Facultad de Derecho de la Universidad de Maastricht en los Países Bajos, fue directora adjunta del Instituto de Globalización y el Reglamento Internacional (IGIR) y directora del Máster Avanzado en derecho económico internacional.

Su investigación se centra en las interacciones entre el comercio, la inversión y los derechos humanos y se aplica a los países emergentes, China e India en particular. Ha publicado numerosos artículos científicos y es autora de varios libros, entre ellos (con Sangeeta Khorana) *Salud Global y el mundo emergente: un enfoque integrado de Comercio Internacional* (Springer, de próxima publicación 2016). Es la editora de la serie de libros Springer *Derecho Internacional y el Sur Global*, <http://www.springer.com/series/13447> y miembro del Consejo Editorial de *China Perspectives*.

Leïla Chourkroune es solicitada regularmente como experta independiente sobre el derecho económico internacional y los negocios y asuntos de derechos humanos. Es asesora independiente de la Federación Internacional de Derechos Humanos (FIDH) y miembro de la Comisión Nacional de Libros Francés (CNL).

Antes de tomar la responsabilidad de la Dirección CSH, fue profesora asociada de la Facultad de Derecho de la Universidad de Maastricht, profesora adjunta de HEC París, consultora de la OCDE, profesora adjunta de París I Panthéon-Sorbonne e investigadora en el Centro Francés de Investigación sobre China Contemporánea (CEFC) en Hong Kong.

Tiene un doctorado en derecho internacional (*magna cum laude* - el honor más alto) de la Universidad de París I Panthéon Sorbonne y es una abogada calificada de Abogados de París.

QUÉ QUIERO SABER

Lectora, lector, este libro le interesará si usted quiere saber:

- Cuáles son las profundas mutaciones de la sociedad china contemporánea durante el siglo xx y hasta hoy.
- Cómo son la identidad y el carácter chinos en la actualidad.
- Cómo es la relación entre el Estado y la sociedad.
- Cómo nace una sociedad civil y cuáles son sus límites.
- Cuáles son los grandes olvidados de la sociedad china.

Índice

QUÉ QUIERO SABER	7
EN BUSCA DE IDENTIDAD	13
LA EVOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD CHINA	23
La sociedad china moderna (1840-1949)	23
El difícil paso hacia la modernidad	23
Las nuevas ideas	27
La reacción nacionalista	30
La formación del poder comunista y la guerra	31
El Estado y la sociedad bajo el poder de Mao	32
La movilización de las masas (<i>yundong</i>)	32
La reforma agraria y el fin de la propiedad de las tierras	34
La Ley sobre el matrimonio	35
El fin de la burguesía empresarial	36
Las campañas en contra de los intelectuales	38

La Campaña de las Cien Flores	41
La Revolución Cultural y sus consecuencias	44
La sociedad china bajo Deng Xiaoping	50

UNA SOCIEDAD FRAGMENTADA 55

Evoluciones y retos demográficos	55
Fecundidad y control de la natalidad	60
La población china en el horizonte del 2050	63
Permanencias y mutaciones estructurales	66
Los campesinos	66
Los obreros	75
El nacimiento de una clase media	77
Las nuevas élites	81

PROGRESOS 87

Gran dinamismo cultural	87
El renacimiento del arte chino	87
Los medios de comunicación y la sociedad	88
Los intelectuales y el poder: una sociedad sin ideología	95

RESISTENCIAS: LA FORMACIÓN DIFÍCIL DE UNA SOCIEDAD CIVIL 99

Sociedad, política y derecho	99
Sociedad y religión	105
Los olvidados de la sociedad china	108
Las minorías	108
Los migrantes y el sistema del «hukou»	109
Las mujeres	113
El sida	120

EN BUSCA DE IDENTIDAD

La práctica de los censos es especialmente antigua en China, y se ha llevado a cabo de forma sistematizada. El primer censo chino que se conserva data del año 2 d. C., durante la dinastía Han y, según los datos que recoge, el Imperio Han tenía cerca de 60 millones de habitantes —una cifra considerable para la época— que se concentraban mayoritariamente en las llanuras del norte.

Basándonos en los censos, el subcontinente chino, durante los siglos XI, XII y XIII, habría podido llegar a la cifra de 120 millones de habitantes, con un fuerte crecimiento en las regiones del centro y del sur, que superaron en número a las situadas a lo largo del río Huang He. Según los datos, a comienzos de la dinastía Ming (siglo XIV) en China sólo había unos 60 millones de habitantes; en 1700, en cambio, ya estaba poblada por unos 120 millones de personas. A continuación, a lo largo del siglo XVIII, el Imperio chino

conoció un rápido crecimiento demográfico debido a los éxitos de una revolución agrícola y de un largo periodo de estabilidad política bajo la dinastía Qing, que fue acompañado de una importante expansión geográfica del territorio. En 1800 la población se podía calcular en 360 millones de habitantes, y en 1850 llegaba probablemente a 420 millones. La densidad geográfica china es elevada, y se mantiene una tradición urbana desde la antigüedad, a pesar del peso numérico importante de los campesinos. La población china disminuyó más tarde por culpa de las revoluciones y los periodos de hambre que acompañaron el siglo XIX y el principio del XX.

El primer censo realmente moderno, datado en 1953, permite establecer la cifra de 580 millones de habitantes. A pesar de los distintos periodos de purgas consecutivas en el momento del Gran Salto Adelante (pérdidas calculadas en más de 50 millones de personas durante los años negros, de 1959 a 1961) y durante la Revolución Cultural (1966-1976), la población china no ha dejado de aumentar.

De hecho, China ganó 750 millones de habitantes entre los años 1952 y 2001. En 2002, se contaban 1.300 millones de chinos, cifra que representa algo más del 20 por ciento de la población mundial, repartidos por un territorio de 9.560.000 kilómetros cuadrados.

Según el estudio *China 2030* del Banco Mundial, la transición demográfica de China será uno de los más rápidos jamás visto y por eso es una fuente emer-

gente de vulnerabilidad económica y social. En los últimos 40 años, China ha experimentado un crecimiento de la población que por lo general en los países desarrollados se da en 100 años. Con el aumento de la esperanza de vida y la fuerte caída de la natalidad total a sólo alrededor del 1,5, el país va «envejecido antes de crecer rico». La proporción de personas de edad 60 años y más en la población total se acelerará en los próximos decenios, de alrededor del 12 por ciento en 2010 a casi el 25 por ciento en 2030 y más del 33 por ciento en 2050. Como resultado, la proporción de vejez-dependencia en China aumentará a un ritmo sin precedentes en las próximas décadas, con más de uno de cada tres residentes en zonas rurales y más de uno de cada cinco en las zonas urbanas de 60 o más para el año 2030. Además, el fin del *boom* demográfico y el agotamiento del excedente de mano de obra rural cambiará la dinámica del mercado laboral. Esto es uno de los principales desafíos para el país.

En cuanto a la extensión territorial, delimitada por 11.000 km de costas y 15.000 km de fronteras terrestres, y que se extiende por cinco husos horarios, entre los paralelos 50 y 20, representa el tercer país más grande del mundo, después de Rusia y Canadá.

Más de 5.000 kilómetros separan la costa de Shanghai de las mesetas tibetanas. Después de haber dividido durante mucho tiempo China en dos conjuntos separados por una gran diagonal —uno al sur y al este, que reúne el 86 por ciento de la población,

y otro al norte y al oeste, con un 60 por ciento del territorio pero tan sólo el 7 por ciento de la población—, distinguimos hoy tres grandes regiones de este a oeste. Esta división sigue el modelo del VII Plan quinquenal (1986-1990), el cual da a esta división una legitimidad administrativa.

Las tres regiones de este a oeste

Encontramos, en primer término, las diez provincias costeras (Heilongjiang, Jilin, Liaoning, Hebei, Shandong, Jiangsu, Zhejiang, Fujian, Guangdong, Hainan), que sólo cubren una quinta parte de la superficie del territorio, pero reúnen el 45 por ciento de la población, dos tercios de las grandes metrópolis y proporcionan más del 60 por ciento del PIB. Las áreas más densamente pobladas incluyen el valle del río Yangtze (de los cuales la región del delta era la más poblada), cuenca de Sichuan, Llanura Norte de China, el Delta del Río Perla, y la zona industrial alrededor de la ciudad de Shenyang, en el noreste. En segundo término, la China interior se extiende por once provincias (Shanxi, Shaanxi, Henan, Hubei, Anhui, Hunan, Jiangxi, Guangxi, Guizhou, Sichuan, Gansu) y tiene casi el mismo número de habitantes, pero con un componente agrícola importante. Por último, los espacios periféricos, formados por las cinco regiones autónomas (Guangxi, Mongolia interior, Ningxia, Xinjiang, Tíbet) y las dos provincias exteriores (Qinghai, Yunnan), que ocupan tres quintas partes del territorio chino, pero sólo suman el 10 por ciento de la población.

A esta división sumaria, pero aun así representativa, hay que añadir las regiones administrativas especiales de Hong Kong y Macao, devueltas a China

en 1997 y el 1999, respectivamente, la primera con 7.071.576 habitantes (2011) y la otra con 552.503 habitantes (2011).

La diáspora china ha llegado a cerca de 40 millones de personas (en comparación, la de la India, el otro gigante de la población, tiene «sólo» 20 millones de miembros).

Ocurre en todo el mundo, pero el sudeste de Asia reúne a más de las tres cuartas partes de sus habitantes. El mundo occidental en general (Europa, EE.UU., Canadá y Australia) da la bienvenida a una pequeña parte de chinos (de 3 a 5 millones, pero se ha convertido desde 1980 en el principal destino). El resto de la diáspora ha sido hacia América Latina, la antigua Unión Soviética y en África, aunque la cantidad de personas es menor (alrededor de 1 millón).

Territorio, estado y nación chinos no se confunden, por lo tanto, necesariamente. La inmensidad del territorio chino y la complejidad de su historia refuerzan la pluralidad. En China, la propia idea de «nación» debe mucho a una aportación contestable de Occidente. La idea de nación parece, de entrada, difícilmente separable de la de «raza» o *minzu*. Así pues, ser chino consistiría en tener unos antepasados comunes, tal como recuerda el culto del «emperador Amarillo», antecesor mítico del conjunto de la raza china.

El nacionalismo chino de principios del siglo xx se expresa contra la «raza» manchú y, más tarde, contra Occidente. No tenía en cuenta, aun así, la gran

diversidad étnica de la población china. Una primera ley, promulgada a finales del Imperio, en 1909 exactamente, define la nacionalidad china según una idea especialmente generosa del *jus sanguinis* o derecho de sangre, de forma que los descendentes de inmigrantes establecidos en los territorios extranjeros continúen siendo chinos. En la época republicana, Sun Yat-sen estableció la unión entre los cinco grupos principales de población: los han, los manchús, los mongoles, los tibetanos y los musulmanes (Hui).

Bajo el régimen comunista, apareció una nueva categoría: la de las «nacionalidades», que, tal como recuerda su Constitución, convierte China en un «Estado nacional unificado». Todas las minorías, que pasaron a recibir el nombre de *minzu*, pertenecían, pues, a la «nación china» o *Zhonghua minzu*.

En China se cuenta hoy 56 nacionalidades, 55 de las cuales son étnicas. La mayor de las etnias son los chinos Han, que constituyen aproximadamente el 91,51% de la población total y superan a otros grupos étnicos en todas las divisiones a nivel provincial, excepto en el Tíbet y Xinjiang. Las minorías étnicas representan aproximadamente el 8,49% de la población de China, según el censo de 2010. En comparación con el censo de población de 2000, la población Han ha aumentado en 66.537.177 personas (5,74%), mientras que la población de la 55 minorías nacionales combinados aumentaron en 7.362.627 personas, o sea 6,92% de la población.

El censo de 2010 registró un total de 593.832 ciudadanos extranjeros que viven en China. El más grande de estos grupos eran de Corea del Sur (120.750), Estados Unidos (71.493) y Japón (66.159).

Como conclusión, la Ley sobre la nacionalidad de 1980 aclara parcialmente la situación de los chinos de ultramar mediante la prohibición de las prácticas de la doble nacionalidad y un cierto reconocimiento del derecho de suelo.

Según el sinólogo Joel Thoraval, la identidad china significa, en primer lugar, «los sistemas de autorrepresentación de los propios chinos: lo que son, lo que han sido y lo que pretenden ser».

Así, esta identidad es profundamente distinta en función de las épocas y los regímenes que han gobernado China. Sin embargo, el carácter chino existe realmente, y se pueden distinguir determinados elementos constitutivos de una identidad capaz de atravesar el tiempo y el espacio. Por lo tanto, ser chino sería, tradicionalmente, ser el súbdito del emperador, compartir unas prácticas culturales comunes, o bien tener unos antepasados chinos. La aparición del estado nación, en sus distintas formas y, más tarde, la apertura de China al mundo remueven, aun así, esta idea clásica. Ser chino también es formar parte de la «Gran China» o *Da Zhonghua*. La identidad china también se podría basar en una cultura común y globalizada (*Wenhua Zhongguo*).

Así pues, la identidad china es múltiple y está en plena redefinición, sobre todo en el momento en que se ve enfrentada, más que nunca, a la modernidad y al mundo.

Actualmente la sociedad china se encuentra también en plena redefinición. Ciertamente, todavía hay múltiples sociedades chinas, tanto si se considera desde el punto de vista de las ciudades o del campo, de los obreros o de los campesinos, de los jóvenes urbanos educados e integrados en la globalización, de los trabajadores inmigrantes y de sus hijos, excluidos del sistema de protección social porque no tienen el *hukou* (cartilla de residencia), o de las etnias minoritarias del gran oeste chino. La sociedad china es múltiple, muy desigualitaria y a la vez marcada por grandes progresos y profundas resistencias.

La sociedad china, marcada todavía parcialmente por la tradición y profundamente removida por la Revolución y el maoísmo, se enfrenta, desde hace casi 30 años, a una nueva modernidad abierta a las influencias externas. La transición demográfica, el enriquecimiento no negligible de una parte de la población urbana, residente mayoritariamente en las ciudades de la costa, la transformación de las actividades agrícolas e industriales, el nacimiento de una nueva categoría de empresarios, la relativa libertad de pensamiento y de creación de una nueva generación de intelectuales y artistas con un gran dinamismo, o el nacimiento progresivo de una sociedad civil, remueve el conjunto de la sociedad china.

Entre aspectos permanentes heredados del pasado, el mantenimiento del dominio del Partido Comunista y la apertura a la modernidad, la sociedad china, en profunda mutación, se encuentra hoy en busca de su identidad.

LA EVOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD CHINA

La sociedad china moderna (1840-1949)

El paso del Imperio chino a la modernidad no está exento de dificultades. La China urbana, que se había desarrollado claramente bajo las dinastías Ming y Qing, se encuentra en el extremo de un mundo cada vez más abierto hacia Occidente, pero también en crisis. En sólo un siglo la sociedad china se verá enfrentada a unos cambios profundos que se saldarán —cuando menos durante un tiempo— con la victoria de la revolución y el paso hacia una forma de civilización totalmente distinta.

El difícil paso hacia la modernidad

La crisis exterior, gracias a la cual China debe, desde la segunda mitad del siglo xx, su apertura hacia

Occidente, es sin duda una de las más graves que el país haya conocido jamás. Este periodo turbio dejará marcas duraderas en todo el país. Las dos guerras del opio (1839-1842 y 1857-1860) rompieron las barreras diplomáticas, y sobre todo comerciales, del Imperio. El sistema de los tratados llamados desiguales autoriza una penetración cada vez mayor de Occidente. Este fenómeno topa, en primer lugar, con unas fuertes resistencias, como el episodio de la rebelión de los Taiping, entre 1851 y 1864. Pero la segunda guerra del opio conduce al poder una facción de dirigentes más abiertos a las ideas extranjeras (Zeng Guofan, 1811-1878; Li Hongzhang, 1823-1901; Zhang Zhidong, 1837-1909).

En un primer momento, esta modernización se limita a la importación de tecnologías y al campo económico. La reacción conservadora es, de hecho, demasiado viva, y los reformadores fracasan en su intento de modernización del Estado y para el Estado.

Aun así, la occidentalización progresa de forma sutil a través de la aculturización de los notables y el papel de las misiones extranjeras, tal como demuestra la acción de los protestantes en las ciudades alrededor de las élites dirigentes, además de las iniciativas de los católicos, que se instalan en el campo chino. La educación –sobre todo protestante– es la punta de lanza de esta transformación. Este cambio es difundido mediante un gran esfuerzo aplicado en la traducción de obras. Paralelamente, las obras de Yan Fu

(1852-1921) y de Liang Qichao (1873-1927) contribuyen a introducir la sabiduría occidental en China.

Esta síntesis intelectual, que recibe el nombre de *xinxue* o conocimiento nuevo, no tiene el objetivo de borrar la tradición sino de trasponerla a la realidad moderna, y contribuye en cierto modo a un renacimiento nacionalista. Las ideas de un reformador como Kang Youwei (1858-1927) desencadenan unas reivindicaciones a favor de un gobierno representativo que garantice la participación de las élites. Este antiabsolutismo ilustrado no contiene los fermentos de una democratización real, pero marca con fuerza la construcción de un referente político y moderno chino. Este pensamiento también está impregnado de neoconfucianismo y de un idealismo heroico.

La nación y el pueblo aparecen, desde este momento, como las fuentes de la legitimidad del poder. El poder, pero, no integrará estas ideas enseguida, sino que habrá que esperar la adopción por parte de un pequeño núcleo revolucionario determinado.

Por otro lado, durante la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad china se ve golpeada por numerosas rebeliones populares, sequías, inundaciones y por el hambre que, alrededor de 1870, conduce a una mortalidad muy elevada, sin duda comparable a la que conoció Europa durante la guerra de los Treinta Años o la peste negra. Si alrededor del año 1850 había 430 millones de chinos, la población disminuirá hasta 350 millones y no volverá a lograr la cifra de 430 hasta

1913, y llegará a algo más de 500 millones a las puertas de la revolución maoísta.

El naufragio progresivo del mundo rural, en aquellos años negros, no es consecuencia directa de la apertura y la occidentalización de la sociedad china. La ausencia de una transición industrial no permitió sostener el capitalismo naciente del siglo XIX. Un nuevo paisaje emerge en paralelo a esta degradación de las condiciones de vida del mundo del campesinado. Esta nueva situación es el resultado por lo menos de tres factores: la emergencia de la burguesía de los negocios –en Shanghai y Cantón, sobre todo– y del proletariado obrero (600.000 obreros, en 1912), y el desarrollo de una élite de letrados basada en la China antigua que, a principios del siglo XX, está formada por enseñantes, funcionarios, médicos o juristas, que ocupan cargos de dirección. Por otro lado, la sociedad china disfruta de una educación cada vez mejor.

Estas evoluciones ejercen una influencia nada negligible en la percepción de la realidad de la nueva generación de chinos. La importancia de la fortuna relativa a las tierras, de los principios confucianos y del lugar que ocupa la administración disminuye a favor de las nuevas actividades comerciales y de una forma de sabiduría internacionalizada. El movimiento revolucionario se organiza poco a poco alrededor de los letrados antimanchús y de Sun Yat-sen.

Aun así, la revolución de 1911 tan sólo instaura una República de corta duración (1911-1913), que

pronto deja a la dictadura de Yuan Shikai (1913-1916) y, más tarde, a un periodo de anarquía militar que se instala de 1916 a 1927.

Las nuevas ideas

Esta China urbana, que existe desde mucho tiempo atrás, se destaca aun así a partir de 1910 y se sitúa como terreno principal de la modernización, del adelanto de las ideas occidentales, y pronto del pensamiento revolucionario. Algunos grandes puertos abiertos como los de Shanghai, Tianjín, Cantón o Hankou conocen incluso un verdadero milagro económico dentro del caos de los primeros movimientos de revuelta. Las consecuencias sociales de estos cambios económicos quedan limitados a la China urbana y, especialmente, a Shanghai (con dos millones y medio de habitantes, a principios de la década de los veinte), que pronto se convierte en el foco de un nuevo pensamiento.

Se forma una élite intelectual alrededor de Li Dazhao (1888-1927), Hu Shi (1891-1962) y Lu Xun (1881-1936), que utiliza la Universidad de Pekín como difusora de un pensamiento del renacimiento que predica el individualismo, la emancipación personal y la liberación de las mujeres, el fin de los exámenes y del mandarinato, la promoción de las ciencias y la libertad de creación.

El progreso científico y la democracia tienen que sustituir un orden tradicional que ahoga al individuo y que es sinónimo de estancamiento económico y social. Se trata realmente de la voluntad de hacer emerger al individuo como actor principal de la sociedad y, por lo tanto, situado en su centro.

Esta visión, considerada irrespetuosa en relación con una tradición que prioriza la salvación colectiva, seduce a la juventud china de la década de los veinte, pero topará, durante todo el siglo XX, con una fuerte oposición en la medida que el individuo se verá pronto aplastado por una sociedad totalitaria, única garantía de la prosperidad y de la estabilidad de toda la nación china.

El 4 de mayo del 1919, algunos miles de estudiantes se manifiestan en Pekín contra las potencias extranjeras y el gobierno abiertamente projaponés. La revuelta se extiende en toda la China urbana en pocas semanas. Las huelgas se multiplican y la burguesía apoya parcialmente al movimiento. Este consigue un conjunto de victorias progresivas, con la expulsión de los ministros projaponeses, la no ratificación del Tratado de Versalles y la aplicación de una reforma de la educación.

La intelectualidad china tiene un papel crucial en la difusión de estas nuevas ideas, con la creación de un centenar de revistas y la publicación de una literatura realista y crítica que agrupa escritores como por ejemplo Lu Xun, Mao Dun o Lao She. A estos pensadores se añaden desde el extranjero intelectua-

les instalados en París (Li Shizeng, Wu Zhihui) o en Tokio (Liu Shipēi). También es la época de una primera difusión del marxismo a través de la Sociedad para el Progreso Moral (*Jindehui*) y la Sociedad de la Conciencia (*Xinshe*). A finales de 1918, en el contexto inmediato de la Revolución Rusa, se funda la Sociedad de Estudios Marxistas en la Universidad de Pekín. Se enfrentan las escuelas de Li Dazhao, partidario de una visión marxista de tendencia anarquista, y de Hu Shi, discípulo de William James, que defiende el pragmatismo liberal.

Los pequeños grupos de tendencias marxistas formados gracias al Movimiento del 4 de mayo de 1919 difunden sus ideas en toda la China urbana y se dirigen a la población obrera, que miran de convertir a su causa. El Cuerpo de las Juventudes Socialistas se funda en Shanghai en agosto de 1920. Estas iniciativas reciben rápidamente el apoyo del Kominintern, la Internacional Comunista, fundada en 1919. El Partido Comunista Chino (*Zhongguo Gongchandang*) es fundado en Shanghai durante un congreso de 13 delegados provinciales que tiene lugar del 23 al 31 de julio del 1921. Chen Duxiu se levanta al frente del movimiento. Conservará el título de secretario general hasta agosto de 1927.

Por su parte, Sun Yat-sen reconstituye su partido, el *Zhongguo Guomindang* (Partido Nacionalista de China), fundado el 10 de octubre de 1919, en ultramar, y el 9 de noviembre de 1920 en China.

Después de una corta victoria del «Frente Unido» de Sun Yat-sen (1922-1926), los revolucionarios se vuelven a dividir, y la victoria de Chiang Kai-shek, en 1927, da paso a una reacción nacionalista.

La reacción nacionalista

Este movimiento de estabilización y unificación nacional también es una reacción social e ideológica autoritaria y conservadora. El partido único instaurado en aquella época ejerce un poder sin reservas, muy poco representativo de la sociedad china en la medida que está formado esencialmente por militares, funcionarios o policías.

La dictadura nacionalista que se perfila parece tolerar los males del antiguo régimen (nepotismo, clientelismo, corrupción) y no consigue reformar el Estado. La oposición democrática es reprimida con tanta dureza como la disidencia comunista, refugiada en el campo de Guangdong y Jiangxi.

La modernización económica y social largamente esperada no es sino superficial. Las reformas económicas (concesiones, moneda, pesos y medidas, etc.) se quedan rápidamente estancadas por culpa de un cierto caos burocrático y del desarrollo de las facciones. Cerca de tres cuartas partes del presupuesto del Estado se inmoviliza por los gastos militares y el reembolso de la deuda. «La economía dirigida» (*tongzhi jingji*) aplasta a la burguesía urbana al no ofrecerle las

claves de la modernización tan esperada. El campo continúa en un estado de atraso todavía más preocupante por el hecho de que las estructuras de las haciendas mantienen sus desigualdades.

Si bien los males del mundo del campesinado chino contribuyen, en un primer tiempo, a mantener el orden establecido, la revolución comunista conseguirá dar un golpe magistral, al unificar las reivindicaciones difusas y convertirlas en un combate de clases capaz de derrotar al poder.

La formación del poder comunista y la guerra

Después de la experiencia de los sóviets de Jiangxi (1928-1934) y los primeros intentos de largas marchas, a principios de la década de los treinta, a partir de una base rural, el maoísmo conseguirá unir el ejercicio del poder al de la revolución. Esta formidable revolución agraria, que se apoya en más de un centenar de millones de campesinos, no habría triunfado, sin duda, sin la guerra que se precipita contra China, a partir del verano de 1937, con la invasión japonesa.

La Guerra Civil (1946-1949) es inevitable, a pesar de la intervención de Estados Unidos. Hasta la primavera del 1947, el PC chino retrocede en todos los frentes en beneficio del Guomindang, que muestra una superioridad militar real. La situación cambia en 1947.

La victoria comunista proviene a la vez de una gran movilización rural y de la adhesión progresiva de la China urbana. La revolución basa también su éxito en la construcción de un Estado que pronto será totalitario y que engloba al conjunto de estamentos de la sociedad china.

El Estado y la sociedad bajo el poder de Mao

La toma del poder por parte de Mao es sinónimo, en el ámbito social, de la instauración de una sociedad radicalmente distinta, es decir, revolucionaria. Este cambio político es impuesto por el poder de arriba abajo, pero se realiza en etapas sucesivas. Así, se asiste a la radicalización progresiva de una política dirigida a instaurar una sociedad igualitaria de tipo ideal.

La movilización de las masas (*yundong*)

Los grandes movimientos de masas (*yundong*) se basan en el principio de la línea de las masas (*qunzhong luxian*), y fueron formulados por Mao, en 1943. Esta idea pretende hacer cohabitar una concepción casi mítica o simbólica de las masas y su poder creador con el papel central que tiene que ejercer el Partido Comunista.

En primer lugar, los dirigentes tienen que conocer las aspiraciones de la población y trasladarlas al Partido, el cual formulará, a continuación, una serie de políticas adecuadas a las correspondientes demandas. Este movimiento de comunicación «de las masas hacia las masas» tiene que ser continuo y sin interrupción. Cualquier desviación de esta línea política, que se traduciría en una separación entre los dirigentes y las masas, requiere una «rectificación» (*zhengfeng*), llevada a cabo tanto en el interior del Partido, en función de los procedimientos de autocrítica, como por las propias masas, censurando al dirigente en cuestión.

Evidentemente, la práctica es un poco diferente al esquema teórico ideal pensado por Mao. Este método de gobierno representa, de hecho, una mayor implicación de las masas en las decisiones políticas y su recepción. En cambio, el sistema pensado por Mao preveía la participación de las masas en la ejecución, pero no en la toma de decisiones. Si bien el fervor de las masas predominó, durante los primeros años del régimen, fue decayendo con el tiempo por la fatiga y las desilusiones de la población, y también por las luchas entre facciones al frente del Estado.

La reforma agraria y el fin de la propiedad de las tierras

«Cómo determinar la pertenencia de las masas al campo», texto breve redactado por Mao el 1933, permite definir los criterios principales sobre los cuales se basan las relaciones de los campesinos con la tierra.

La Ley agraria del 28 de junio de 1950 preveía unas medidas relativamente moderadas: expropiaciones de tierras y del material que pertenece a los terratenientes, conservación de las tierras explotadas por los campesinos ricos y redistribución de las tierras embargadas a los campesinos pobres mediante asociaciones locales de campesinos.

Esta revolución agraria tenía como objetivo principal unir el mundo del campesinado a la causa revolucionaria. Los terratenientes son reprobados, violentados y a veces incluso ejecutados por sus antiguos campesinos. Se produce finalmente la explosión del rencor acumulado por los campesinos contra sus amos y el desencadenamiento del odio y la violencia. A finales de 1950, el campo se radicalizó con la entrada de China a la guerra de Corea: las expropiaciones se extendieron y afectaron algunos campesinos ricos. A veces, fue muy complicado aplicar este endurecimiento político a nivel local (especialmente en Guangdong), donde la solidaridad todavía era muy grande entre clanes y pueblos y superaba las cuestiones de clases.

El número de víctimas de esta depuración no se conoce oficialmente, pero ciertamente es muy elevado, probablemente de una decena de millones de personas. A partir de la mitad de la década de los cincuenta, el Partido estaba presente por todas partes (*xiang*) y se mostraba como la única fuerza capaz de organizar políticamente a una sociedad todavía muy ampliamente rural.

La Ley sobre el matrimonio

Después de la emancipación de los campesinos, el régimen pretendía trabajar para la emancipación de las mujeres. La familia china de tipo patriarcal en estos momentos todavía estaba profundamente marcada por los valores confucianos, con el principio de «piedad filial», y reservaba a la mujer un lugar jerárquicamente inferior.

La mujer no podía elegir en ningún caso libremente al marido, y al casarse tenía que abandonar a su propia familia. Aun así, era considerada una extraña por la familia política. Tenía que dar a luz a un niño, único heredero posible de la tierra y garantía de la perpetuación de la descendencia. La práctica del infanticidio de niñas era frecuente, y las niñas de las familias pobres podían ser vendidas para subvenir a las necesidades de los padres.

El objetivo de la Ley de 1950, promulgada por el Partido Comunista Chino, era extender en el mun-

do del campesinado las ventajas de una revolución del pensamiento iniciada en las ciudades poco después del Movimiento del 4 de mayo de 1919, durante el cual los intelectuales radicales habían rechazado los valores confucianos por considerarlos feudales y proponían un papel diferente para la mujer.

La Ley prohíbe, pues, los matrimonios entre niños, fija la edad legal del matrimonio a los 20 años, para los hombres, y 18, para las mujeres, condena el concubinato y el infanticidio, y establece el divorcio por simple consentimiento mutuo, privilegiando los intereses de la mujer en caso de separación. De 1950 a 1953 se aplican un gran número de medidas en esta dirección.

En febrero de 1953, el Partido lanzó una importante campaña de aplicación de la Ley. A partir de aquel momento el texto se aplicó bastante bien, a pesar de la permanencia de las estructuras patriarcales. Y el Partido se basa en esta nueva estructura social, en la que ejerce un papel clave para aplicar la colectivización de las tierras.

El fin de la burguesía empresarial

Si bien un número importante de empresarios optó por abandonar la China continental e irse a Taiwán u Hong Kong, incluso antes de la toma de poder de los comunistas, algunos prefirieron quedarse en China por razones ideológicas o prácticas. De es-

te modo, los maoístas obtuvieron la mayor parte de la herencia industrial de las ciudades costeras. En un primer momento, «la dictadura democrática del pueblo», consciente de los límites de una revolución puramente rural, no descartó, pues, a los empresarios capitalistas.

Durante los años posteriores a la revolución, con el regreso de una cierta estabilidad, aumentó el número de empresas industriales privadas (de 123.000, el 1949, a 147.000, el 1951). Aun así, en el mismo periodo, el control del Estado se extendió a las empresas capitalistas a través de varias medidas administrativas. El crecimiento del sector público contribuyó, por otro lado, a la disminución del papel de las empresas privadas en la economía. Pronto, pero, los empresarios tuvieron dificultades para aceptar la intervención del Estado en sus negocios y establecieron una serie de represalias (desviación de materias primas, incumplimiento de la fiscalidad, corrupción de los funcionarios, etc.).

La réplica del Partido todavía fue más violenta. En agosto de 1951 se lanzó una campaña en contra de los directivos culpables de corrupción, malversación y burocratismo (conocida con el nombre de campaña de los *tres anti* o *sanfa*). Más tarde se reorientó con la expresión de cinco anti (*wufu*) en contra de los propios capitalistas. A partir de diciembre de 1951, los empresarios fueron encargados de hacer su autocrítica. Se enviaban equipos del Partido a las empresas para controlar el buen desarrollo de las confesiones

y se empezaron a multiplicar los enfrentamientos. La burguesía salió maltrecha de esta campaña, durante la cual se controlaron más de 450.000 empresas privadas.

La burguesía capitalista, arruinada por la crisis y las multas impuestas por el Estado, ya no puede oponer resistencia al Partido, el cual, al final de 1955, decide proceder a la nacionalización de las empresas industriales y comerciales.

Una ley adoptada en junio de 1956 preveía el pago de dividendos a los antiguos propietarios de las empresas nacionalizadas, que en algunos casos se elevaban al 5 por ciento del valor del capital que se había invertido. El objetivo era que los propietarios arruinados cooperaran con los directivos, a pesar de que esto fuera en contra de ciertos principios socialistas.

Las campañas en contra de los intelectuales

Las campañas relacionadas con los intelectuales también están marcadas por numerosas contradicciones. De hecho, el Partido pretende incorporar a los intelectuales a su causa, y ejercer sobre ellos, si conviene, un dominio real, que aun así no tendría que interrumpir la fuente de su creatividad. La intelectualidad china, marcada por el Movimiento del 4 de mayo de 1919 y la introducción de una nueva visión de un intelectual más independiente en relación con el poder, mira de distanciarse del Estado, aceptando

la realidad en un contexto en que prevalece la construcción de la unidad nacional.

Durante un discurso célebre, pronunciado en 1942 ante los miembros del Foro de las Artes y la Literatura, Mao expuso su ambición de poner a los intelectuales al servicio del pueblo. Una primera oleada de rectificación se lanzó incluso antes de la toma del poder. Así, por ejemplo, el escritor Wang Shiwei fue enviado a un campo de trabajo antes de ser ejecutado finalmente en 1947.

La victoria de 1949 despertó un movimiento de simpatía y una adhesión bastante masiva de los intelectuales hacia el poder comunista. El Partido, en los primeros tiempos, prosiguió su acción de seducción, otorgando a algunos intelectuales escaños en la Conferencia Consultiva del Pueblo Chino a partir de 1949, y eligiendo a otros como diputados de la Asamblea Nacional Popular, en 1954.

Sin embargo, los intelectuales tuvieron que someterse a la campaña de reforma a través del pensamiento (*sixiang gaizao*), iniciada en la primavera de 1951.

Esta campaña denunció los ataques del imperialismo cultural a través de la persona de Hu Shi, filósofo refugiado en Taiwán, condenó la admiración y los vínculos mantenidos por los intelectuales con Estados Unidos o Europa, donde habían podido formarse, apelando al rechazo de los valores tradicionales de tipo confuciano o, todavía peor, de los valores burgueses occidentales. Y además, los intelectua-

les tuvieron que formarse en el pensamiento de Mao participando en varios seminarios. El objetivo reconocido fue reformar el pensamiento, reeducar al ser humano mediante la práctica de la crítica y la autocrítica, la humillación pública y la redacción de confesiones. El movimiento se dirigió principalmente a los universitarios y, más adelante, se extendió a la educación secundaria y primaria. A mediados de 1952, el Partido controlaba estrechamente todos los medios de expresión de la opinión pública, tanto la prensa como las editoriales o incluso las asociaciones de escritores.

El modelo teórico propuesto se inspira directamente en la herencia soviética, y hace hincapié en una formación científica y técnica en detrimento de las ciencias humanas y sociales. En 1953, el aprendizaje del ruso era obligatorio para los intelectuales y, por otro lado, el Estado creó una amplia red de centros de investigación e instituciones, dependientes del Partido, como por ejemplo la Academia de Ciencias, confiada al filósofo Guo Moruo.

En esta misma época, se pusieron en marcha varias campañas en contra de los intelectuales, en 1953 y en 1954, pero la más violenta tuvo lugar en 1955, en contra de Hu Feng. Acusado de traición en beneficio del Guomindang y de las potencias imperialistas, Hu Feng fue detenido y desapareció.

En pocos años, el conjunto de la sociedad china se reestructura totalmente: la clase de los terratenientes queda suprimida, las estructuras familiares tradicio-

nales se cambian, la burguesía disminuye mucho y los intelectuales son condenados en silencio. La sociedad civil (universidad, prensa, asociaciones, etc.) que se había empezado a formar durante el periodo republicano queda reducida a cero debido al poder totalitario del Estado en la esfera privada. De este modo, poco a poco surge una sociedad de tipo totalitario.

La Campaña de las Cien Flores

La Campaña de las Cien Flores, lanzada por Mao el 2 de mayo de 1956, pero realmente aplicada masivamente a partir de abril de 1957, tiene el objetivo de mejorar las relaciones entre el Partido y las masas en un contexto internacional marcado por las crisis de los regímenes en Polonia o Hungría.

Esta política, aun así, topó con la oposición de numerosos dirigentes, que temían que se debilitara la autoridad del Partido. El 27 de febrero de 1957, ante la Conferencia Suprema del Estado, Mao pronunció el discurso sobre «La solución justa de las contradicciones en el seno del pueblo», que reconocía la persistencia de contradicciones dentro del pueblo, del cual da una definición muy general en términos de ciudadanos que participan en la construcción socialista.

Estas contradicciones persistentes en el seno del pueblo sólo podían resolverse a través de la crítica, la autocrítica y la concertación, sin recurrir a la fuerza

ni a los métodos estalinistas. Así pues, se obtenía un acuerdo sobre la necesidad de crear una campaña de rectificación, pero no sobre su alcance. Mao parece que evaluaba el malestar social profundo de la sociedad china: hostilidades del campesinado frente a los objetivos fijados por la colectivización, reticencias de los obreros ante la adopción de las prácticas stakhanovistas, y desilusiones de los intelectuales a pesar del discurso de Mao del 2 de mayo de 1956, que apuntaba a dejar «florecer cien flores», queriendo decir que concedía una relativa libertad a la creación. En estas condiciones, el poder aceptaba aflojar el control político, sin percibir todavía las terribles consecuencias.

Del 1 de mayo al 7 de junio de 1957 se creó el movimiento de rectificación pensado por Mao. Los no comunistas son invitados a participar en el mismo, por ejemplo los «demócratas» como Chu Anping, redactor en jefe del periódico *Claridad* (*Guangming Ribao*). De este modo se denunciaba la confusión de los papeles entre los aparatos del Estado Partido, el monopolio de la información por parte del Estado, la imposibilidad de los partidos «democráticos» de ejercer un papel efectivo en la estructura política, etc.

Los estudiantes adoptaban el eslogan de las «cien flores» y participaban en la amplificación del debate; luchan, además, por la rehabilitación de escritores como por ejemplo Wang Shiwei y Hu Feng), Zhang Bojun, ministro de comunicaciones, o Luo Longyi, ministro de la industria silvícola. Superando las previsiones de Mao, el debate se extendía mucho más

allá de la simple burocracia y cuestionaba incluso la existencia del Partido.

De este modo se denunciaba la confusión de los papeles entre los aparatos del Estado Partido, el monopolio de la información por parte del Estado, la imposibilidad de los partidos «democráticos» de ejercer un papel efectivo en la estructura política, etc. Los estudiantes adoptaban el eslogan de las «cien flores» y participaban en la amplificación del debate; luchan, además, por la rehabilitación de escritores como por ejemplo Wang Shiwei y Hu Feng.

El Partido, ante esta situación que ya no controlaba, cambió radicalmente de estrategia; pronto se abrió a una campaña antiderechista, orquestada por los opositores de Mao dentro del propio Partido. La depuración afectó a los ambientes políticos, intelectuales y económicos. Centenares de miles de personas fueron enviadas al campo, en algunos casos a campos de reeducación a través del trabajo. La represión fue especialmente violenta hacia los escritores.

Los escritores a quienes todavía se deja la posibilidad de escribir vieron como sus derechos de autor se reducían a la mitad. El control estricto del Partido marca a partir de ahora toda la vida intelectual.

Cualesquiera que fueran las causas políticas o sociales de este episodio dramático de las Cien Flores, sobre el cual no coinciden todos los historiadores, y cualesquiera que fueran los parecidos con la Revolución Cultural, que tuvo lugar unos años más tarde, las ilusiones de aquellos que preveían todavía la posibi-

lidad de una apertura liberal del régimen se disiparon definitivamente.

Antes de tratar las consecuencias dramáticas de la Revolución Cultural sobre la sociedad china, es obligatorio recordar que el Gran Salto Adelante, estrategia de desarrollo económico con la intención de llevar a la sociedad hacia el establecimiento del socialismo, concluyó en 1960 con un terrible fracaso que costó la vida de unos 15 millones de personas.

La Revolución Cultural y sus consecuencias

A principios de la última década de los sesenta, después del fracaso de las reformas sucesivas, Mao se enfrentó a un relativo aislamiento dentro del propio aparato del Partido. Este rechazo progresivo se tradujo en la adopción de una política más pragmática y relativamente liberal. Aun así, la apertura se vio marcada por el resurgimiento de prácticas antiguas, como por ejemplo la corrupción. Como reacción, Mao lanzó el Movimiento de Educación Socialista.

En realidad, ya no era verdaderamente Mao quién controlaba el poder, sino un equipo formado por antiguos aliados, dirigido por Deng Xiaoping y Liu Shaoqi, en colaboración con Zhou Enlai y Chen Yun. Mientras tanto, no dejaban de crecer las distancias entre Mao y los dirigentes del Partido. Para recuperar el control, Mao lanzó la Revolución Cultural.

Según su definición actual, la Revolución Cultural se extendió desde 1966 hasta 1976, momento de la muerte de Mao, y, por lo menos para algunos, constituyó por ella misma una interpretación política de dicho periodo. Otros limitan la Revolución Cultural, en sentido estricto, al periodo que va desde septiembre de 1965 hasta abril de 1969, fecha del IX Congreso del Partido. Aquí sólo trataremos los hechos más destacados de este periodo, de una gran complejidad y manifestaciones múltiples, para extraer las consecuencias sociales más importantes.

Desde el otoño de 1965 hasta el otoño de 1966, se lanzó una primera ofensiva en contra de los ambientes literarios de Pekín, que se extendió progresivamente hacia los estratos más profundos de la sociedad y del Partido. Durante una conferencia de trabajo del VIII Comité Central que se celebró en Pekín, en septiembre de 1965, Mao pidió que los ambientes literarios se purificaran de nuevo. Aun así, topó con la resistencia de los dirigentes del Partido, que no estaban dispuestos a volverse a inmergir en un periodo de perturbaciones, en un momento en que el país apenas se rehacía del Gran Salto Adelante.

Después de algunos episodios internos, Mao recuperó el control de las operaciones en mayo de 1966. Se creó un Grupo de la Revolución Cultural, bajo la autoridad del Comité Permanente del Buró Político. Los estudiantes de las universidades de la capital fueron los primeros en seguir los llamamientos de Mao. Una joven enseñante de filosofía, Anido

Yuanzi, atacó públicamente, y mediante el principio del *dažibao* (cartel pegado en las paredes), al presidente de la Universidad de Pekín. Esta iniciativa individual se amplificó cuando, una semana más tarde, Mao la utilizó para realizar el «Manifiesto del Común de Pekín», premisa para una forma radicalmente nueva del poder del Estado. La movilización progresó rápidamente y pronto se asistió al verano de la «Guardia Roja» (*hongweibing*), que reunía a un conjunto bastante heterogéneo de grupos radicales formados dentro de los centros de enseñanza. Mao nombró a los miembros personalmente mediante la redacción de un *dažibao*, «Fuego al cuartel general», y pidió a Lin Biao y al Ejército Popular de Liberación que ayudaran a organizar a la juventud. *El oriente es rojo* se convirtió en el himno de toda una generación. No deja de ser una curiosa asociación, aquella juventud reclutada y fascinada por una propaganda maoísta, y el líder que envejece en un poder que tiene las horas contadas. Los enseñantes, catalogados como las correas de transmisión de una sabiduría burguesa, fueron atacados por los jóvenes guardias rojos, que a continuación arremetieron contra las personas mayores y cualquier forma de herencia que pudiera representar los restos de una sociedad feudal. Las denuncias y humillaciones públicas fueron innumerables. El Ejército Popular de Liberación (EPL) defendió al presidente Mao, que recuperó progresivamente la influencia a medida que los dirigentes del Partido eran apartados.

El movimiento de la Guardia Roja, fragmentado en facciones múltiples, de orígenes diversos, llegó pronto a toda la juventud. Aun así, todas las organizaciones apelaron al pensamiento de Mao y se apropiaron de su discurso revolucionario. Se animaba a los jóvenes a viajar. Once millones de guardias rojos fueron destinados a Pekín, y otros millares fueron enviados al campo, para que descubrieran su propio país. Estos desplazamientos eran ideados como largas marchas, destinadas a forjar el espíritu revolucionario de los jóvenes partidarios de Mao.

A finales de 1966, el orden establecido había sido derrocado y la sociedad entera se veía profundamente trastornada. La campaña entró entonces en la fase más violenta y delirante. Se multiplicaron los llamamientos al asesinato: «hay que apalear hasta la muerte a los perros rabiosos». Mao gestionó el poder casi a solas, en aquel momento, y publicó una serie de directrices. A partir de principios de 1967, se llama al ejército para proteger a los medios de producción y los principales bienes del Estado. En algunos momentos se estuvo cerca del estallido de una guerra civil, tal como demostró el incidente de Wuhan, en que, en el verano de 1967, se opusieron diferentes facciones del ejército. La violencia y la anarquía se apoderaron del conjunto del país. La Guardia Roja estaba armada y participó en numerosas acciones contra la población e incluso contra el ejército.

En agosto de 1967, China se precipitó claramente hacia la guerra civil. En Cantón, por ejemplo, los en-

frentamientos entre la facción radical de la «Bande-
ra Roja» y la facción conservadora «Viento del Este»
provocaron 400 víctimas. La tensión se palpaba es-
pecialmente en Sichuan o en Pekín. Los rebeldes ata-
caron a las figuras destacadas del Partido (Liu Shao-
qi, Deng Xiaoping, y también Zhou Enlai), incluso
obligaron al ministro de Asuntos Extranjeros, Cheng
Yi, a la autocritica. Incendiaron la embajada británica
e hicieron reinar el terror entre los extranjeros.

La revolución llegó entonces a su punto culmi-
nante, que marcará pronto su caída. Mao volvió a dar
el poder al ejército, hecho que fue seguido de una len-
ta agonía hasta que no se restableció el orden. A fi-
nales de 1968, la Guardia Roja fue desautorizada por
Mao en persona. Durante el invierno de 1968-1969,
se implantó el mayor movimiento de envío de jóve-
nes al campo (*xiafang*), el cual, desde 1968 hasta 1980,
afectó cerca de 17 millones de personas. Esta genera-
ción perdida no se recuperará casi nunca de los años
de la Revolución Cultural.

El IX Congreso del Partido Comunista Chino se
reúne en Pekín del 1 al 24 de abril de 1969. Tres
cuartas partes de los delegados pertenecen al EPL.
El ejército tiene una influencia primordial en la reor-
ganización del Estado. El Partido también tiene un
papel central. El IX Congreso elige un Comité Cen-
tral completamente distinto del anterior. Los repre-
sentantes del EPL ocupan el 50 por ciento de los es-
caños.

Si bien el poder se reorganizó, la sociedad china quedó profundamente traumatizada por esta prueba, como demostró el aumento de los faccionalismos, sobre todo a nivel local. Las ciudades chinas, abandonadas a sí mismas por culpa de la disolución del sistema de control instaurado a principios del régimen comunista (policía y comités de residentes) y de la incapacidad de los comités revolucionarios de garantizar el orden, se encontraron en el caos más absoluto. La clase obrera parecía rechazar cualquier disciplina laboral o jerarquía. Las huelgas se sucedieron y fue necesario esperar hasta el regreso al poder de Deng para asistir a una verdadera recuperación de la producción. Los dirigentes eran excluidos de la sociedad y la Guardia Roja guardaba un recuerdo amargo de su desposesión del poder. La sociedad se dividió entre múltiples facciones y a la vez se desintegró.

El fin del maoísmo se vio marcado por una fuerte crisis del régimen. Finalmente, en 1975, se confiaron las riendas del poder a Deng Xiaoping, con la implantación de las Cuatro Modernizaciones. Los intentos de recuperación del poder de las fuerzas radicales de la Banda de los Cuatro no sobrevivieron a la muerte de Mao, el 9 de septiembre de 1976.

La sociedad china bajo Deng Xiaoping

Los años ochenta y noventa marcaron claramente la salida del totalitarismo. El fin de una sociedad totalitaria controlada por el Estado hizo aparecer a un conjunto de múltiples grupos modernizados, de los que emergió una sociedad civil embrionaria.

Aun así, no hay que olvidar que Deng siempre era capaz de recuperar las riendas, tal como demuestra el choque de 1989, y en el momento oportuno podía estrechar las redes del control estatal que dominaba permanentemente sobre la población china.

La relativa liberalización social se manifestó en diferentes aspectos. En primer lugar, en materia de religión, puesto que desde el inicio de la década de los ochenta, se reabrieron cerca de mil iglesias y numerosos monasterios budistas. En cuanto a la creación literaria, asistimos al nacimiento de un movimiento definido como «la literatura de las cicatrices», que denunciaba los excesos del periodo maoísta. Las relaciones económicas parcialmente liberalizadas y abiertas hacia el extranjero permitieron la reaparición de antiguas prácticas de negociación basadas en las relaciones interpersonales (*guanxi*).

El poder miraba de combinar la liberalización económica y el autoritarismo político, a veces haciendo peligrosamente de equilibrista. Los progresos económicos comportaron numerosas transformaciones sociales (fin de las ventajas vitalicias de los trabajadores del sector estatal, migración de los cam-

pesinos hacia las ciudades, críticas de los intelectuales sobre las orientaciones políticas del régimen).

Sin duda, la indeterminación ideológica era la mejor característica de los años de Deng, marcados por periodos sucesivos de apertura y de retroceso. Dos años después de la muerte de Mao, Deng no dudó en romper el «Muro de la Democracia» (*MinzhuQiang*), que había tolerado, al principio. El 29 de marzo de 1979, fueron detenidos Wei Jingsheng, fundador de *Exploración*, y Chen Lü, uno de los responsables de la Alianza para los Derechos Humanos en China.

Wei Jingsheng

Wei Jingsheng nació en 1950 en una familia de cuadro superior de Pekín. En 1966, se incorpora a una organización de la Guardia Roja hostil al Grupo de la Revolución Cultural. Después de ser detenido en 1967, se refugia en un pueblo de Anhui, de donde proviene su familia. Después del servicio militar se convierte en obrero. Es electricista en el zoo de Pekín cuando publica su célebre manifiesto sobre «la Quinta Modernización» (la democracia), el 5 de diciembre de 1978. Este texto, pegado en las paredes de Pekín, le cuesta la detención, el 29 de marzo de 1979, y la condena a quince años de reclusión por traición y actividades contrarrevolucionarias. En septiembre de 1993, gracias al gran apoyo de la opinión internacional, es liberado. Es detenido de nuevo en 1994 y condenado a 14 años más de prisión. Aun así es liberado bajo la presión del gobierno norteamericano. Actualmente vive en Estados Unidos, donde continúa siendo una de las figuras centrales de la disidencia china, aunque con un menor seguimiento.

Esta «primera primavera de Pekín», que se acaba en 1981, auguró el fracaso del segundo movimiento, el cual, a pesar de que de forma muy distinta, incluía también un conjunto de aspiraciones democráticas.

La dimisión del secretario general del Partido, Hu Yaobang, en enero de 1987, marca el fin de un periodo de «reconstrucción ideológica» que pretendía ser más abierto. Con el regreso de los conservadores, fue el fin de la «contaminación espiritual» (campaña ya orquestada durante los años 1983-1984) y del «liberalismo burgués».

1989 fue el año del cuadragésimo aniversario de la fundación de la República Popular China, del septuagésimo aniversario del Movimiento del 4 de mayo, y el bicentenario de la Revolución Francesa. La efervescencia cultural se recuperaba, poco a poco, alrededor de la democratización del régimen y de las dificultades sociales cristalizadas por la continuación de las reformas económicas. El 28 de enero de 1989 se lanza, en Shanghai, la revista *Nuevas Luces*. Se multiplicaban las iniciativas. Una carta abierta de Fang Lizhi dirigida a Deng Xiaoping, el 6 de enero de 1989, pedía la liberación de todos los prisioneros políticos, empezando por Wei Jingsheng (el más famoso de todos), y el respecto de los derechos humanos, que consiguieron en aquella época un mayor reconocimiento internacional. Las peticiones se sucedían y el poder tenía dificultados para reaccionar ante esta movilización de la intelectualidad.

Los hechos de Tiananmén

El 15 de abril, Hu Yaobang murió, víctima de un infarto. Los estudiantes se reunieron para rendirle homenaje y pedir la rehabilitación política. El 18 de abril, salieron a la calle y, al atardecer del mismo día, treinta mil estudiantes organizaron una sentada en la plaza de Tiananmén. Reclamaban especialmente la liberalización de la prensa y la reevaluación del papel de Hu dentro de la historia política del país. El 22 de abril, se celebró una ceremonia en recuerdo de Hu, a la cual asistieron 200.000 personas. El 26 de abril, Deng Xiaoping calificó estas concentraciones de desorden y las condenó. Al día siguiente, entre 200.000 y 500.000 jóvenes se manifestaron de nuevo por las calles. El 4 de mayo, Zhao Ziyang declaró la intención de resolver el conflicto mediante el diálogo. El 13 de mayo, cuando el presidente Gorbachov se disponía a llegar a Pekín, en el marco de una visita oficial, dos mil estudiantes iniciaron una huelga de hambre en la plaza de Tiananmén, bajo la mirada de la prensa internacional. El 17 de mayo, tres millones de pequineses salieron a la calle para defender a los estudiantes de la plaza de Tiananmén. El 20 de mayo, Li Peng, primer ministro conservador, proclamó la ley marcial. Como se puede recordar, la confrontación acabó con una represión sangrienta y la masacre del 4 de junio. La ingenuidad de los estudiantes, que no imaginaban que fuera posible la intervención del ejército, topó con la crueldad de un poder aferrado visceralmente a su dominio.

Tal como mostró remarcablemente Chen Yan en su estudio sobre la historia intelectual de la China de la segunda mitad del siglo xx, al final de la década de los ochenta, no sólo se hundió la ilusión comunista,

sino también la posibilidad de reformas que no acababan de condenar al régimen.

Naturalmente, como veremos, la sociedad china posterior a Deng Xiaoping disfrutó de numerosos adelantos entre los años 1990 y 2000, pero el carácter casi invariable del régimen chino demasiado a menudo limitaba su alcance.

UNA SOCIEDAD FRAGMENTADA

Evoluciones y retos demográficos

Los seis padrones de los años 1953, 1964, 1982, 1990, 2000 y 2010 (completados con las dos encuestas realizadas en 1987 y en 1995) ofrecían una serie de fuentes, si bien no totalmente fiables, cuando menos bastante abundantes, para describir la evolución reciente de la población china y su transición demográfica.

En 1949, China encaraba la primera fase de su transición demográfica: reducción de la mortalidad y aumento de la esperanza de vida. En el mismo periodo, el índice de natalidad se mantenía elevado (un 35 por ciento) y la población aumentaba en 130 millones de personas en menos de diez años. A pesar de que la etapa enturbiada del Gran Salto Adelante, marcada por el hambre (1958-1961), causó la desaparición trágica de una treintena de millones de personas, la natalidad china se mantenía y el crecimiento

de la población se aceleraba. Se contaban 830 millones de chinos a principios de la última década de los setenta. La transición demográfica era, pues, tardía. Aun así, será rápida.

Una segunda fase de transición se inició a principios de los setenta con los programas de control de natalidad. Así, la natalidad perdió quince puntos en diez años y cayó del 34 al 19 por ciento. Por su parte, el índice de fecundidad era apenas de 2,2 hijos por mujer. Durante la década de los ochenta, la tendencia parece invertirse de forma sorpresiva: el índice de fecundidad era entonces de 2,7 hijos por mujer y el número anual de nacimientos supera los 25 millones. En 1989, el gobierno chino anunció que la población había superado la barrera de los mil millones de personas y se situaba exactamente en 1.100 millones de habitantes.

El último padrón muestra que la fecundidad ha vuelto a bajar por debajo de 2 hijos por mujer y el crecimiento natural por debajo del 10 por ciento. El quinto padrón de octubre de 2000 calculaba la población en 1.265 millones de personas. Según los demógrafos, el crecimiento tendría que continuar hasta el 2030 y llegar a un máximo de 1.500 o 1.600 millones de personas, aproximadamente.

Tabla 1. Indicadores del desarrollo mundial

	2011	2012
Población, total	1.344.130.000	1.350.695.000
Crecimiento de la población (% anual)	0	0
Superficie (kilómetros cuadrados)	9.562.911	9.562.911
Densidad de población (personas por kilómetro)	143	144
Tasa de incidencia de la pobreza, sobre la base de \$1,25 por día (PPA) (% de la población)	6	
INB, método Atlas (US \$ a precios actuales)	6.726.270.580.372	7.934.720.806.238
INB per cápita, método Atlas (US\$ a precios actuales)	5.000	5.870
INB, PPA (a \$ internacionales actuales)	13.680.535.559.114	15.112.255.497.030
INB per cápita, PPA (a \$ internacionales actuales)	10.180	11.190
Esperanza de vida al nacer, total (años)	75	75
Tasa de fertilidad, total (nacimientos por cada mujer)	2	2
Tasa de fertilidad en adolescentes (nacimientos por cada 1.000 mujeres entre 15 y 19 años de edad)	9	9
Prevalencia de uso de métodos anticonceptivos (% de mujeres entre 15 y 49 años)	89	88

	2011	2012
Nacimientos asistidos por personal de salud capacitado (% del total)	100	100
Tasa de mortalidad, menores de 5 años (por cada 1.000)	15	14
Inscripción escolar, nivel primario (% bruto)	128	128
Inscripción escolar, nivel secundario (% bruto)	87	89
Proporción de niñas con respecto a niños en educación primaria y secundaria (%)	100	101

	2013	2014
Población, total	1.357.380.000	1.364.270.000
Crecimiento de la población (% anual)	0	1
Superficie (kilómetros cuadrados)	9.562.911	9.562.911
Densidad de población (personas por kilómetro)	145	145
Tasa de incidencia de la pobreza, sobre la base de \$1,25 por día (PPA) (% de la población)		
INB, método Atlas (US \$ a precios actuales)	9.143.759.888.511	10.069.179.594.345
INB per cápita, método Atlas (US\$ a precios actuales)	6.740	7.380
INB, PPA (a \$ internacionales actuales)	16.479.201.448.181	17.918.963.026.686

	2013	2014
INB per cápita, PPA (a \$ internacionales actuales)	12.140	13.130
Esperanza de vida al nacer, total (años)	75	
Tasa de fertilidad, total (nacimientos por cada mujer)	2	
Tasa de fertilidad en adolescentes (nacimientos por cada 1.000 mujeres entre 15 y 19 años de edad)	9	
Prevalencia de uso de métodos anticonceptivos (% de mujeres entre 15 y 49 años)		
Nacimientos asistidos por personal de salud capacitado (% del total)		
Tasa de mortalidad, menores de 5 años (por cada 1.000)	13	
Inscripción escolar, nivel primario (% bruto)	126	
Inscripción escolar, nivel secundario (% bruto)	92	
Proporción de niñas con respecto a niños en educación primaria y secundaria (%)	102	

Últimas censo del población 2010. Las últimas encuestas de hogares Encuesta Nacional de Población Cambio (NSS), 2013.

Fuente: el Banco Mundial (banco de datos mundiales)

<http://databank.bancomundial.org/data//reports.aspx?>

source=2&country=CHN&series=&period=#

Fecundidad y control de la natalidad

La rapidez de la transición demográfica china es tan sorpresiva como original y se debe, especialmente, a la aplicación a partir de principios de la década de los setenta, bajo el impulso de Zhou Enlai, de una política drástica de planificación familiar basada en un eslogan libre de ambigüedades: «retraso, espaciamiento y reducción de los nacimientos». En esta política de planificación, la administración atribuye a cada distrito una cuota de nacimientos, y esta cuota constituye el objetivo de la oficina local de planificación familiar. Por otro lado, se prevé todo un abanico de medidas de incitación o de sanciones para aplicar esta ambición política: retraso de la edad del matrimonio, y por lo tanto del primer nacimiento, medida que va acompañada de sanciones en caso de infracción (fin de los estudios, pérdidas de trabajo o de subsidios), y, naturalmente, medidas de incitación para reducir la fecundidad mediante una gran difusión de medios contraceptivos, la legalización del aborto, y todo un conjunto de sanciones administrativas y económicas en caso de tener más de dos hijos.

La política del «hijo único», elaborada con un secretismo máximo durante 1978, y que se empezó a aplicar en 1979, tenía el objetivo de parar el crecimiento de la población, en un periodo de unos veinte años. El objetivo reconocido durante la década de los ochenta era llegar a contener la población del año 2000 dentro del límite de 1.200 millones.

Esta política topó, aun así, con la resistencia de la sociedad, a pesar del arsenal de medidas administrativas dirigidas a impedir los nacimientos «fuera del plan». A finales de los ochenta, la proporción de hijos nacidos fuera del plan podía llegar al 30 por ciento. La proporción de hijos de sexo masculino aumentó (un 55 por ciento de los hijos menores de diez años), lo que ilustra claramente el regreso a la práctica de los infanticidios de niñas, que ha comportado el hecho de que, hoy en día, en muchas regiones rurales hay una falta preocupante de chicas.

A pesar de todo, el modelo del hijo único se ha generalizado en la sociedad china. Más de la mitad de las familias está formada por menos de 4 personas y, según las autoridades chinas, deben haberse evitado 330 millones de nacimientos desde 1970.

Los peligros de una visión demasiado cientifista de la demografía

«La inadecuación de la solución política se manifestó claramente en 1983 cuando, en un entorno distinto, los responsables políticos emprendieron una solución drástica, una campaña masiva a nivel nacional, dirigida a aplicar por la vía rápida el proyecto de hijo único, mediante la esterilización de un miembro de cada pareja que tuviera dos o más hijos, y el aborto de todos los embarazos no autorizados. Esta actuación, ordenada para hacer cumplir la política y lograr los objetivos fuera como fuera, obligó a los dirigentes rurales a usar la coacción ante la gente. El resultado fue una cifra récord de actuaciones sobre la demografía –21 millones de esteri-

lizaciones, 14 millones de abortos y unos índices de fertilidad que se redujeron a poco más del 2 por ciento—, además de un dolor social de unas magnitudes insospechadas, con infanticidios de niñas, cuerpos de mujeres marcados y la vida rural trastornada por la violencia y el miedo.

Con la estabilidad sociopolítica amenazada y la reputación del Partido oscurecida, en 1984, la dirección se retractó del enfoque estricto, a pesar de no abandonar la defensa del programa del hijo único. El Documento 7 del Comité Central añadió algunas condiciones para los segundos hijos, la más importante de las cuales era la autorización de tener dos hijos para las parejas rurales que tuvieran una hija. En 1988 se formalizó esta disposición y se controló rigurosamente su cumplimiento. Durante la década de los noventa, la fertilidad cayó a unos niveles históricos —entre 1,55 y 1,8 hijos por mujer—, lo que permitió a la Comisión de Planificación de la Natalidad eliminar las campañas drásticas e iniciar una serie de innovaciones importantes en el programa que, hacia el año 2000, había conducido drásticamente a la población en la dirección de las regulaciones indirectas y los beneficios sociales. La política en sí misma no ha cambiado todavía hasta hoy. Mientras tanto, sus costes sociales han continuado aumentando. Actualmente, China afronta la amenaza de una crisis de la seguridad social y de envejecimiento de la población, con una relación de 120 niños por 100 niñas nacidas (en 1999), que es la más elevada a nivel mundial.»

Susan Greenhalgh (2005). «Missile Science, Population Science The Origins of China's OneChild Policy». *The China Quarterly*.

La población china en el horizonte del 2050

Actualmente, como cualquier país que haya registrado un descenso importante de la fecundidad, China afronta el fenómeno del envejecimiento de la población. La parte activa (con edades comprendidas entre los 15 y los 64 años) pasó del 55,7 por ciento en 1964, al 70,2 el 2000. Pero, al mismo tiempo, se constataba una consiguiente disminución de las generaciones jóvenes, puesto que los menores de 15 años pasaban del 40,7 al 22,3 por ciento. Esta estructura, próxima a la de los países de la OCDE, conduce a un envejecimiento inevitable de la población.

En 1953, la proporción de personas mayores de 65 años no pasaba del 4 por ciento. La situación empezó a evolucionar durante la última década de los setenta con el retroceso de los nacimientos y el control de la natalidad. El padrón de 1982 muestra que las personas de más de 65 años llegaban al umbral del 5 por ciento. Este segmento representaba el 8,4 por ciento de la población, en 2001, y según todas las previsiones no dejará de crecer. En 2025 puede representar entre el 20 y el 35 por ciento de la población, lo cual significa unos índices comparables a un país como Francia.

Según algunas proyecciones que tienen en cuenta el alargamiento de la esperanza de vida, las personas mayores llegarán a los 160 millones hacia el año 2020, y a los 300 millones hacia el 2040, lo que significa la proporción más alta a nivel mundial.

Por lo tanto, siguiendo dichas estimaciones, las personas mayores serían más numerosas que los jóvenes menores de 15 años; las consecuencias en materia de cobertura social serían, pues, evidentemente preocupantes. De hecho, según las estadísticas chinas de 2001, sólo un tercio de los trabajadores urbanos disfrutaban de una cobertura social.

China tiene más de 160 ciudades con una población de más de un millón, incluyendo los siete mega-ciudades (ciudades con una población de más de 10 millones) de Chongqing, Shanghai, Beijing, Guangzhou, Tianjin, Shenzhen y Wuhan. En 2025, se estima que el país será el hogar de 221 ciudades con más de un millón de habitantes. Las grandes poblaciones «flotantes» de los trabajadores migrantes hacen que la realización de los censos en las zonas urbanas sea difícil; las cifras a continuación incluyen sólo los residentes de largo plazo. En efecto, el porcentaje de población que vive en el país en las zonas urbanas aumentó de 20% en 1990 a más del 50% en 2014. Se calcula que la población urbana de China alcanzará los mil millones en 2030, lo que potencialmente equivalente a un octavo de la población mundial. Desde 2012, hay más de 262 millones de trabajadores migrantes en China, en su mayoría migrantes rurales en busca de trabajo en las ciudades.

Si bien las migraciones internas fueron muy reducidas hasta principios de la última década de los ochenta (exceptuando, naturalmente, los desplazamientos de la población hacia el campo durante la

Revolución Cultural), desde entonces se ha constatado una moderación relativa del control político y un aumento potencial de las ciudades.

El *Hukou*

El sistema del *Hukou* fue finalmente puesto en la agenda nacional, con una reforma, en julio de 2014. Anteriormente, el sistema de registro de edad mantenía una clara distinción entre la residencia urbana y rural, y era muy difícil para las personas etiquetadas como residentes rurales cambiar a la inscripción urbana. Esta situación hacía que fuera difícil para los migrantes rurales a las urbanas obtener igualdad de acceso al sistema de bienestar urbano como ciudadanos urbanos. El nuevo sistema de registro elimina esta distinción, reemplazándolo con el registro de residencia en una localidad en particular. La nueva política introducida en julio 2014 estableció un registro único nacional residente del sistema (*bukou Jumin*) para las poblaciones rurales y urbanas.

Las primeras experiencias piloto con el unificador *bukou* rural y urbana en algunas provincias, como Shandong, comenzaron hace 10 años. Antes de 2014, 12 provincias y una región autónoma ya habían modificado el registro *bukou* para que fuera más fácil para los trabajadores migrantes que se establecieran en las ciudades dentro de la misma provincia. La nueva reforma nacional esboza una estructura de conjunto con criterios como el trabajo y residencia estables, contribución al seguro social y el tiempo que una persona ha estado viviendo en la ciudad que nos ocupa, pero los gobiernos locales pueden ejercer su discreción para determinar los requisitos específicos relacionados con estos criterios. Por tanto, el riesgo es que pueden aparecer grandes disparidades entre regiones chinas.

Desde principios de la década de los sesenta, cada ciudadano tiene que tener obligatoriamente un certificado de residencia (hukou), y los niños están inscritos en el de la madre. Este control administrativo, de una gran rigidez, determina el acceso a la mayoría de servicios públicos y a los subsidios del Estado. En los últimos años, el sistema ha experimentado una flexibilidad relativa, pero no parece muy probable que se elimine en un futuro próximo, porque el control que ejerce sobre los flujos de población es tan grande que parece esencial para mantener la estabilidad social tan deseada por los dirigentes chinos.

Según la Academia China de Ciencias Sociales, cerca de 10 millones de personas se instalarán en las ciudades cada año, lo que representa 500 millones de nuevos ciudadanos desde ahora hasta el 2050. Aun así, la tendencia al desarrollo de las ciudades tendría que continuar durante los próximos años.

Permanencias y mutaciones estructurales

Los campesinos

Según el Banco Mundial, en 2014, sólo el 46% de la población china vivía en zonas rurales. A nivel mundial, uno de cada cuatro campesinos trabaja en China. Si bien las condiciones de esta población me-

joraron considerablemente desde la llegada al poder de Mao (aumento de los ingresos en un 6 por ciento anual de media), también sufre graves dificultades y aparece a menudo como una categoría que queda al margen de las reformas. De hecho, son innumerables las revueltas de campesinos que han sacudido el campo chino los últimos años.

En enero de 2006, cerca de diez mil campesinos se reunieron en Guangdong para protestar contra las expropiaciones. La respuesta violenta de las autoridades, supuestamente, causó la muerte de numerosas personas. Es difícil hacerse una idea exacta del alcance de la situación por la gran fuerza que ejerce el control político sobre las noticias. De hecho, muy poca información consigue pasar por la criba. Aun así, en 2005, las autoridades chinas hicieron una lista de aproximadamente 240 incidentes cotidianos que implicaban a campesinos descontentos por su situación. Para entender esta situación, en primer lugar hay que analizar la evolución de las reformas aplicadas desde hace más de cincuenta años y los límites de estas políticas.

Al contrario de lo que se produjo en Occidente, donde la modernización de la agricultura tuvo lugar antes de que la presión demográfica a las tierras cultivadas fuera demasiado grande, China ha conocido primero un gran crecimiento de la población. Desde el final de la década de los cincuenta, la población rural china se ha duplicado en relación con una superficie cultivada que se ha mantenido estable.

Las consecuencias de este fenómeno han sido evidentemente catastróficas: reducción de la productividad per cápita y del nivel de vida. La colectivización de las tierras y el fracaso dramático del Gran Salto Adelante, que condujo, según algunos autores, a una de las más grandes hambrunas que haya conocido jamás la humanidad (supermortalidad de 30 millones de personas entre los años 1959 y 1961), no han contribuido evidentemente a la mejora de la situación en el campo. La descolectivización, iniciada a principios de la década de los ochenta, permitió una mejora notable de las condiciones de vida.

El proceso de descolectivización ha generado, desde 1978, la creación de 200 millones de microexplotaciones de una superficie media inferior a media hectárea (ante las 18 hectáreas de la Unión Europea). En China, las grandes explotaciones son poco numerosas y se cuentan menos de 2.000 granjas del Estado.

La agricultura está poco mecanizada y la poca extensión de los terrenos cultivables explica la baja productividad. Aun así, en el campo de los cereales, los rendimientos se han multiplicado por más de dos desde 1978. Así, superan en un 10 por ciento los de los países desarrollados y son tres veces más elevados que los de la media de los países en vías de desarrollo. Estos rendimientos impresionantes se basan, aun así, en una utilización extensiva de los suelos y el recurso de nuevas técnicas y productos, como los organismos genéticamente modificados (OGM), que pueden ser peligrosos para el organismo. A pesar de

todo, el cultivo predominante continúa siendo el del arroz.

La importancia de la agricultura en la economía china ha disminuido, no representa una parte tan destacada del PNB chino como hace unos años (9,2 por ciento en 2014 según el Banco Mundial). La contribución de la agricultura al volumen total de las exportaciones chinas se encuentra claramente a la baja: un 15 por ciento en 1990, contra sólo el 4 por ciento en 2003.

Los campesinos afrontan un reto importante: ¿cómo resolver la ecuación entre la falta de tierras cultivables y el exceso de mano de obra agrícola? La integración de China en el comercio internacional facilita parcialmente la solución, al disfrutar de la ventaja comparativa que ofrece la abundante fuerza de trabajo. Ahora bien, esta ventaja sólo se puede explotar para una categoría limitada de productos de valor intensivo de trabajo (fruta y verdura, tabaco, algodón, arroz) y es una desventaja en cuanto a las producciones que requieren una superficie importante, como por ejemplo los cereales. Además, el índice de la ventaja comparativa de China en la agricultura ha bajado de forma significativa entre 1978 y 1985 (-75 por ciento), es decir, en pleno periodo de reforma.

Las incertidumbres estadísticas chinas

En su último informe sobre la agricultura en China, la OCDE destaca las dificultades relativas a las estadísticas chinas. Esta constatación, desgraciadamente, es válida para el conjunto de datos estadísticos de China, sobre los que se basan a menudo análisis realizados sin demasiado fundamento:

«Las estadísticas chinas han recorrido un largo camino y han pasado de ser un sistema basado simplemente en informes dentro de una economía planificada de manera centralizada a convertirse en otro que se basa en estudios y técnicas estadísticas modernas. Aun así, continúa siendo difícil evaluar de forma adecuada los procesos económicos de China.

Estructura general institucionalizada. Las estadísticas sobre la agricultura sufren las mismas carencias que el sistema estadístico chino en conjunto. Se mantiene la práctica, legada del pasado, de informar a través de los ministerios, lo que limita el alcance de los datos recogidos, así como la influencia de la Oficina Nacional de Estadísticas de China sobre el diseño y la calidad de la recopilación de los datos. También aparecen complicaciones entre los niveles central y subnacional del sistema de estadística, por el hecho de que las oficinas de estadística subnacional son más cercanas a los gobiernos locales que a la Oficina Nacional. Además, hay una evolución lenta entre el sistema de informes empresariales y las técnicas de estudios. Las estadísticas orientadas al usuario apenas se encuentran en fase inicial. La transparencia de los métodos de recopilación de datos no es suficiente y no existen unas normas claras so-

bre qué datos están disponibles de manera gratuita para el público y cuáles se pueden adquirir en la Oficina Nacional de Estadísticas».

OECD (2005). *Review of Agricultural Policies*, China.

<http://www.oecd.org>

La diferencia entre los ingresos de los campesinos y los ingresos de los ciudadanos, que se había reducido algo durante la década de los ochenta, se encuentra actualmente, en 2008, en su nivel más alto desde 1949. Un campesino gana 3,5 veces menos de media que un ciudadano. La situación todavía es más difícil en las regiones del interior y del gran oeste, donde los campesinos ganan 10 veces menos que un habitante de Shanghai. El promedio del crecimiento del PIB es de alrededor del 10 por ciento al año pero cuenta también con que hay 500 millones de personas en la pobreza. Todos los Objetivos de Desarrollo del Milenio se han cumplido o a están a punto de cumplirse, pero la actual economía de mercado de China tiene un alto grado de desigualdad de ingresos. Los datos oficiales muestran que alrededor de 98.990.000 personas todavía se encuentran por debajo del umbral de la pobreza (ganaban 2.300 yuanes por año a finales de 2012) y la mayoría de ellos viven en el campo. Siendo el segundo país del mundo con más pobres después de la India, la reducción de la pobreza sigue siendo un reto fundamental.

Los temas de la propiedad de las tierras y las expropiaciones continúan siendo especialmente sensi-

bles. El régimen de propiedad es en realidad muy ambiguo, lo que explica parcialmente las dificultades con que topa el proceso de privatización de las tierras.

La descolectivización de las tierras depende siempre de la propiedad colectiva y ha llevado a una mayor fragmentación de las explotaciones, lo que frena la productividad e impide especialmente la utilización de máquinas y técnicas modernas.

El marco general en el que las familias alquilan las tierras a las colectividades locales —propietarias de los terrenos para una duración de 50 años y con unos arrendamientos que ofrecen casi las mismas ventajas que la propiedad (utilización, subarrendamiento, traspaso)—, en realidad varía mucho de una región a otra, y todo ello está bajo el control de las autoridades locales y, en un ámbito más o menos grande, de los dirigentes del Partido.

Además, los campesinos se exponen a expulsiones masivas (40 millones de campesinos expulsados en 2004) —que aparecen a menudo como titulares de los periódicos nacionales—, que acusan a las autoridades locales de no respetar las decisiones de Pekín. La superficie de las tierras agrícolas que se pueden vender no debería superar el 5 por ciento del suelo cultivable, pero muy a menudo las autoridades locales no respetan estos porcentajes y dan prioridad a los intereses comerciales.

Los campesinos que son expulsados viven en una precariedad material muy grande y a menudo no tie-

nen otro remedio que buscar trabajo en la ciudad. Topan entonces no sólo con dificultades de pago (en 2003 se calculaba en 100 mil millones de RMB, es decir, cerca de 10 mil millones de euros, los pagos atrasados que deberían haberse abonado a los 85 millones de migrantes chinos), sino también con el problema insoluble del *hukou*. Trataremos el tema más adelante, pero recordamos aquí que la Administración china distingue para cada persona un estatuto profesional (profesión agrícola o no) y un estatuto de residencia (rural o urbano). Los verdaderos migrantes o *min gong*, cuyo número se calcula en 150 millones, amplifican los efectivos de solicitantes de trabajo de las grandes ciudades, lo que dificulta especialmente la gestión de las relaciones entre el campo y las ciudades.

Relaciones paradójicas entre las ciudades y el campo

«En China las restricciones administrativas impiden a los migrantes instalarse definitivamente en la ciudad, y, por lo tanto, romper los vínculos con las familias que se han quedado en el pueblo. De hecho, los campesinos nacidos en el campo figuran en los registros familiares como población “agrícola”. Con esta condición, son libres de ir a trabajar a la ciudad, pero no pueden instalar a las familias, sus hijos no pueden acceder a las escuelas de las ciudades y casi ni siquiera disponen de una cobertura social.

Así pues, la economía agraria se hace cargo del coste social de esta mano de obra inmigrante y muy barata, que hace funcionar las

obras y las fábricas de las zonas costeras desarrolladas. Paga los estudios en el campo y los gastos de sanidad en caso de enfermedad o de accidente. Además, sirve de garantía cuando los migrantes se quedan en el paro en las ciudades. En este caso, vuelven al pueblo y pueden volver a trabajar en la explotación familiar, aunque su contribución no cubra forzosamente los gastos de subsistencia de la familia.

Por lo tanto, la economía agraria china no sólo proporciona los bienes agrícolas necesarios para la nación, no sólo contribuye a las transferencias financieras de los campos a las ciudades, sino que, además, proporciona una mano de obra precaria y trueque al capitalismo salvaje que caracteriza demasiado a menudo a las industrias que son el motor del crecimiento económico de China.»

Claude Aubert (2006). «Politiques agricoles chinoises, la porte étroite». En: *L'économie mondiale*. París: La Découverte («Repères»).

El malestar de los campesinos, pues, se ve alimentado por las dificultades que derivan de la determinación del estatuto de las tierras y de la actividad rural en conjunto. Las condiciones de vida de los campesinos, generalmente, son más precarias que las de los ciudadanos, verdaderos beneficiarios de los 25 últimos años de reforma y apertura de la economía china. Así, por ejemplo, los gastos de sanidad disminuyeron un 4 por ciento entre 2000 y 2004, pero aumentaron un 6,5 por ciento en el campo, especialmente debido a una fragmentación y una reglamentación importantes del acceso a la asistencia médica.

En cuanto a la duración de la escolarización, en el campo es sólo de 7,6 años (entre los 7 y los 15 años). El 88 por ciento de la población rural no continúa los estudios hasta el último curso del instituto, especialmente debido a los gastos muy elevados de la escolaridad.

A menudo, los sistemas sanitarios y educativos del interior y del oeste del país tienden a disgregarse. Estos sistemas, establecidos durante el periodo maoísta y con frecuencia rudimentarios, tenían la ventaja, aun así, de ser gratuitos. Hoy, los médicos «descalzos» casi han desaparecido, y los dispensarios y las escuelas se hunden por falta de financiación. Según uno de los equipos de especialistas públicos más importante de China, seis de cada diez campesinos no reciben ninguna atención médica o tienen que interrumpir el tratamiento por culpa del coste demasiado elevado de la medicina.

Así pues, los campesinos tienen que financiar actualmente servicios que dependen de las funciones más básicas del Estado.

Los obreros

La situación de los obreros chinos está muy ligada a la de las empresas estatales. Durante mucho tiempo, esta categoría social se ha podido calificar de privilegiada en la medida que su estatuto dependía de la pertenencia a la famosa *danwei*, o unidad de traba-

jo que, en el mundo obrero, procuraba un cierto número de ventajas en materia de acceso a la asistencia médica y la educación, de vivienda o de jubilación.

A partir de 1996, con la autorización concedida al sector estatal de despedir una parte del personal, el estatuto de los obreros se degradó de forma clara. El número de empresas estatales o controladas por el Estado, según las fuentes chinas, pasó de 238.000, en 1998, a 150.000, en 2003. Y de 1998 a 2002, estas empresas despidieron 26 millones de empleados, de un total de 90 millones, es decir, cerca de un tercio de los efectivos. Estas evoluciones ponían fin a sus ventajas en materia de seguridad laboral y seguridad social del sistema anterior. Pero el número de empresas estatales se mantuvo estable hasta hoy. Una explicación interesante es proporcionada por la última lista 2015 de *Fortune Global 500*. Las 12 mejores empresas chinas son de propiedad estatal. Incluyen banca masiva y las compañías petroleras que son controlados por el gobierno central a través de la Comisión de Activos Estatales de Supervisión y Administración del Consejo de Estado gobernante (SASAC). De las 98 empresas chinas en la lista, solamente 22 son privadas.

Como reacción ante estos cambios, especialmente dramáticos para muchos *xiagang* (personal despedido), desde 2003, el Estado ha previsto algunas compensaciones: en caso de pérdida del trabajo, el asalariado continúa ligado a la empresa y, durante dos años, cobra del 20 por ciento al 50 por ciento de su

salario anterior. Aun así, este seguro depende de la buena salud de la empresa; en caso de que esta quiebre o se encuentre en una situación especialmente deficitaria, no podrá ofrecer ninguna ayuda a su antiguo personal. No hay que decir que la situación se mantiene muy precaria y desigual en el conjunto del territorio chino. Así, muchos procesos de despedidas masivas de obreros y las protestas consiguientes despertaron una gran conmoción en la opinión pública china, como los movimientos de Liaoyang de 2002 o, a principios de 2010, las huelgas masivas en la industria del automóvil y la de alta tecnología de la provincia del Guangdong.

En ausencia de un verdadero poder sindical independiente, los obreros chinos se encuentran muy a menudo solos ante situaciones extremadamente difíciles.

El nacimiento de una clase media

El padrón de noviembre de 2000 muestra que, de una población total de 1.265,83 millones, 455,94 millones de personas viven en las ciudades chinas, lo cual representa un nivel de urbanización del 36,09 por ciento. Esta población urbana dispone de un nivel de vida relativamente alto.

Observamos, por ejemplo, que el 80 por ciento de los residentes urbanos son propietarios de un piso. Aun así, desde el final de la década de los noventa, el

nacimiento de esta clase media suscita numerosos debates. En realidad, es muy difícil evaluar la dimensión real, y todavía más la capacidad efectiva de consumo y de ahorro que tiene. ¿Cuántos chinos han entrado hoy en la era de la «relativa prosperidad» (*xiaokang*), objetivo fijado para el año 2000 por Deng Xiaoping?

Evolución de la renta anual entre 1989 y 2004

Las estadísticas chinas indican que, entre 1989 y 2004, la renta anual de los ciudadanos se multiplicó por siete, y pasó de 1.200 yuanes (120 euros) a unos 8.500 yuanes (850 euros). En cambio, durante el mismo periodo, los campesinos, que en 1978 ganaban casi tres veces menos que los ciudadanos, vieron multiplicar por cuatro sus ingresos, y pasaron de 600 yuanes (60 euros) cerca de 2.500 yuanes (250 euros). Recordamos, pero, que estas medias esconden unas grandes diferencias de ingresos.

Por otro lado, existe una verdadera diferencia entre la percepción de los ciudadanos chinos encuestados sobre su nivel de vida y su pertenencia real a la clase media. Según el Centro de Investigación Pew, entre 2001-2011, el promedio de ingresos de la clase media china pasaron del 3% al 18%. En contraste, el promedio de la clase media indica en el mismo periodo apenas percibió cambios, pasando del 1% en 2001 al 3% en 2011 (último año en que los datos están disponibles).

Según McKinsey Quarterly, en 2022, más del 75 por ciento de los consumidores urbanos de China ganará entre 60.000 y 229.000 yuanes (\$ 9.000 a \$

34.000) al año. En términos de poder adquisitivo, se puede comparar con el promedio de Brasil e Italia. Solamente el 4 por ciento de los hogares urbanos chinos en el 2000 tuvieron ganancias; en cambio, en el año 2012 fueron el 68 por ciento.

Así pues, es difícil de determinar, a pesar de que algunos indicios sugieren una clara evolución a favor del nacimiento de una clase media real: desde el año 2000 se han vendido cerca de 5 millones de coches a particulares; el 25 por ciento de las familias urbanas disponen de un ordenador, mientras que la cifra en 1997 sólo era del 2,6 por ciento; y 13 millones de chinos fueron de turismo al extranjero en 2004, lo que representa una progresión del 50 por ciento anual, desde principios del 2000.

Esta clase media estaría formada por cinco categorías profesionales: los trabajadores de empresas de alta tecnología, los directivos de empresas extranjeras, los directivos de grandes empresas públicas, los ingenieros, y por último los empresarios privados, al frente de pequeñas y medianas empresas.

Esta clase media no parece especialmente politizada; por otro lado, nada permite afirmar hoy que esta clase podría servir de transmisora de una oposición al poder vigente. Al contrario, parece satisfecha de la estabilidad relativa que le ofrece el régimen para mejorar su nivel de vida. Aun así, la situación no es fija en absoluto y las mentalidades podrían evolucionar en otra dirección, porque ahora la población ya está más abierta al mundo.

En China, las vacaciones pagadas son recientes y muy pocos chinos aprovechan todavía las semanas de reposo que les ofrecen. Algunos las usan para descubrir su propio país, como los turistas que describe Jean-François Huchet en un número especial de la revista *Géo* dedicado a la visión que tienen actualmente los chinos de su país.

Las clases medias, de paseo

«El señor y la señora Zhang, de unos cuarenta años, acompañados de su hija única de 12 años, han pagado 360 euros por este circuito de 6 días por la provincia de Yunnan. Él es contable y ella secretaria de dirección en una gran empresa pública. Juntos ganan unos 600 euros al mes. “Es la primera vez que salimos de nuestra ciudad natal de Guiyang para hacer turismo —declara el señor Zhang. Antes no teníamos bastante dinero. Los únicos viajes que hacíamos eran de carácter profesional. El año pasado nuestros vecinos y algunos compañeros de oficina fueron a visitar Yunnan, y ahora nosotros hemos querido hacer lo mismo”. ¿Qué es lo que les atrae del turismo en China? Por este orden: huir de la contaminación de las ciudades, ver paisajes naturales y descubrir los lugares donde se ha conservado la cultura tradicional. “Nos gustaría salir más a menudo —añade la señora Zhang—, porque conocemos poco nuestro propio país. Viajar al extranjero todavía no nos lo podemos permitir. Queremos que nuestra hija vaya a la universidad. También tenemos que ahorrar para hacer frente a cualquier imprevisto porque, desde las reformas, no estamos tan bien cubiertos para las enfermedades más graves”. Como los demás integrantes del gru-

po, los Wang han pasado por una agencia de viajes. “No somos de aquí y no queremos perder tiempo”, se justifica el contable.

Las vacaciones pagadas son recientes en China, pero se han organizado rápidamente. En 1998, el Gobierno instauró el principio de dos semanas de fiesta, además del periodo de descanso del nuevo año chino: la semana del 1 de mayo y la semana de la fiesta nacional del 1 de octubre. Son las “semanas de oro”. Más de 60 millones de personas salen entonces a descubrir el país. Se ha creado una inmensa industria con el objetivo de explotar la clase media china que descubre el turismo.»

Jean-François Huchet (2006, mayo). «Les classes moyennes découvrent “la petite prospérité”». En: *GEO-France Dossier especial China*.

Las nuevas élites

A estas clases medias hay que añadir las nuevas élites, como la integrada por los empresarios privados que, poco a poco, constituyen un poderoso *lobby*. Durante los últimos 15 años, especialmente bajo el efecto de la liberalización del marco jurídico de la economía, en el paisaje social chino se ha abierto una nueva categoría de empresarios privados.

Desde un punto de vista sociológico, están estrechamente ligados con las élites dirigentes de la economía planificada, lo cual relativiza la originalidad de su nueva condición. Aun así, sus trayectorias socioprofesionales son mucho más variadas: antiguos

campesinos que se dedican ahora el comercio, antiguos directivos del sector estatal, obreros o empleados que se han enriquecido. Su estilo de vida, que a menudo han explotado los medios internacionales, fascinados por los palacios *kitsch* que se han construido y las concubinas que mantienen, en algunos casos se acerca a una selecta élite internacional.

De todas formas, no han perdido los vínculos con los dirigentes locales o estatales. El Partido intenta que se añadan a la invitación de Jiang Zemin que, en 2001, les ofreció la posibilidad de afiliarse al PC chino. De entre ellos, un número significativo ejerce incluso responsabilidades políticas, por ejemplo, dentro de la Conferencia Consultiva del pueblo chino, lo que contribuye a reforzar más al poder que no a la oposición.

El sociólogo chino Sun Liping, profesor en la Universidad de Qinghua, concentra sus investigaciones sobre los principales cambios sociales y la polarización progresiva de la sociedad. Dibuja el retrato de las nuevas élites chinas en transición y se interroga sobre los riesgos de las enormes diferencias sociales, nacidas de la reforma y la apertura económicas. En el siguiente largo texto se ve un caso inventado:

«Empezamos por un caso inventado e imaginado. Denominaremos TC al personaje principal de este caso. A finales de 1977, una parte importante de la reforma del sistema educativo consistió en la supresión del “pensamiento político” como principal criterio de selección de los obreros, campesinos y sol-

dados, lo que permitió redefinir el sistema de examen de ingreso a la universidad. Dado que era la primera vez en diez años que un examen era el criterio de admisión de los estudiantes, el número de participantes logró un nivel sin precedentes. En especial, los jóvenes instruidos, enviados al campo durante la Revolución Cultural, participaron masivamente en los exámenes, gracias a los cuales esperaban cambiar su destino. Los estudiantes que fueron admitidos constituyeron la “promoción del 77”, que más tarde tenía que ejercer una influencia importante en la sociedad. Aquel mismo año, TC accede a los estudios universitarios. En este punto, pero, tenemos que matizar que TC no pasa directamente del campo a la universidad, como numerosos jóvenes instruidos. Al acabar los estudios secundarios no lo enviaron al campo, como sus condiscípulos, sino que entró en el ejército gracias a las relaciones de su padre. Así pues, TC entra a la universidad procedente de su destacamento. Primero, es admitido en una escuela de ingeniería hidráulica, al sur del país, pero decide no matricularse a pesar de haber recibido la carta de admisión. En aquella época, según las normas de los departamentos interesados, se podía dar un trato de favor para los estudios a los hijos de antiguos dirigentes del Partido, con un grado superior a un nivel determinado. Es así como TC entra en una escuela situada al norte, de una gran reputación en todo el país. Dentro del sistema educativo de la época, esta escuela dependía del Ministerio de Educación y, directamente, de las uni-

versidades clave a nivel nacional. En comparación, la escuela de ingeniería hidráulica no era sino un centro normal y corriente.

TC finaliza los estudios superiores a principios de los ochenta, es decir, justo en el momento del “alud hacia el exterior”. Durante una época, ir a estudiar al extranjero se había convertido en una moda, a la que TC se apunta como muchos otros. Gracias a las relaciones de su padre, un hombre de negocios extranjero se fiador económicamente de TC. Aun así, TC sólo estudia durante unos tres años en el extranjero. Atraído por “la oleada de funcionarios traficantes” de China, se conforma con un título de licenciatura y vuelve al país para incorporarse a la empresa de un amigo (hijo también de un dirigente de alto rango), dedicada al comercio de televisores en color. Después del reflujó de “la oleada de funcionarios traficantes”, TC se convierte en miembro de un organismo estatal como subjefe de oficina. A finales de los ochenta, a raíz de la selección del tercer grado, se convierte en director adjunto responsable de asuntos en curso y, a la vez, es designado implícitamente como sucesor del director. A principios de los noventa, TC decide “lanzarse al agua” (*xiaohai*): crea una empresa dedicada a la compra de terrenos edificables en Hainan. Rápidamente, la empresa de TC crece, al mismo tiempo que él se convierte en un empresario privado que disfruta de una gran reputación. A mediados de la década de los noventa, la “fiebre de los títulos” se extiende de nuevo y, tanto política como

comercialmente, obtener un título o un doctorado se convierte en una moda. Así, TC paga a una famosa universidad el importe de dos millones de yuanes, como beca, y a cambio recibe el derecho de no tener que hacer ningún examen de ingreso y se matricula como doctorando. En estas condiciones, TC no tiene que alojarse en el internado para seguir las clases, que no son otra cosa que una formalidad, y finalmente acaba la tesis lo antes posible. Por otro lado, no hace mucho que TC ha defendido su tesis y ha obtenido el título de doctorado.

El caso de TC refleja un fenómeno social especial, conocido a menudo con la expresión “no dejar ninguna casilla vacía”, es decir, no dejar escapar ninguna oportunidad que se presente en la vida social. Y, en general, siempre son los mismos quienes pueden aprovecharse.»

Sun concluye con un comentario sobre el capital global de la sociedad polarizada: «Son muchos quienes prevén que el desarrollo de la sociedad china dará lugar a la formación de una clase media. Durante los últimos años, tanto la aparición de jefes de empresas privadas como el aumento de la “clase de los oficinistas” reflejan aparentemente esta tendencia. Aun así, probablemente también hay otra, comparable a la polarización de la sociedad sudamericana. La existencia de una clase de élite global es un indicio importante de la formación de este tipo de sociedad polarizada. Ahora bien, la formación del grupo de élite global, así como su función dentro de la sociedad,

acentuarán de nuevo el desarrollo de esta tendencia. En cuanto a la dinámica actual, el objetivo principal de este grupo social es mantener sus dimensiones y su escala, hasta formar un grupo relativamente cerrado. Y mientras las clases acomodadas que poseen un capital global continuarán enriqueciéndose enormemente, no sólo el campo, sino también una parte de la población urbana, se verán en la miseria.»

Por lo tanto, actualmente hay que hacer frente a una sociedad especialmente desigualitaria, tanto en términos de acceso a la protección social (sanidad, subsidio de paro y pensiones) como a la educación o al consumo. Por otro lado, esta sociedad continúa buscando su identidad, confrontada a los adelantos de la modernidad.

PROGRESOS

Gran dinamismo cultural

Durante los últimos veinte años, la cultura, entendida ampliamente en cuanto a la prensa, el cine o el arte contemporáneo, ha experimentado unos cambios formidables. Esta evolución se basa a la vez en una menor intervención del Estado, un nuevo papel del mercado y una mayor apertura de los actores chinos hacia los fenómenos internacionales.

El renacimiento del arte chino

La pintura china, defendida por grandes figuras mediáticas como Lin Ming Zhu, originario de Hong Kong y conocido con el nombre de Pearl, o como el exembajador de Suiza en Pekín, Uli Sigg, es un gran tema de conversación en las grandes citas internacionales de Miami, Venecia o París. Wei Dong, Wang

Guangyi, Fang Lijun, pintores emblemáticos de un arte que a menudo se considera *kitsch*, figuran ahora como unos valores seguros. Esta pintura, en las fronteras del mundo del arte tradicional, se ve tentada por el pragmatismo comercial, lo que no disminuye su verdadero dinamismo.

El cine, por poner sólo otro ejemplo, especialmente dinámico también a pesar de la presencia siempre real de la censura, busca no sólo el éxito comercial, sino que también se propone dejar su impronta en la sociedad china. Tanto si se trata de las películas inspiradas en la práctica de las artes marciales, a menudo distribuidas por Hong Kong, como por ejemplo las obras de Feng Xiaogang, o las epopeyas líricas de Zhang Yimou (*Hero*, *House of Flying Daggers*), ahora cercano al poder chino, como las más críticas de Zhang Yuan (*Sons*), nadie puede ignorar el impacto de un cine chino muy creativo, que se interesa por todo tipo de temas, siempre que el poder le deje la oportunidad de expresarse.

Los medios de comunicación y la sociedad

De manera bastante paradójica, a pesar de que se sabe que el control del régimen ha tendido a reforzarse desde hace unos dos años, los medios de comunicación chinos disfrutan de un cierto dinamismo. Aun así, este dinamismo depende de la arbitrariedad del

poder, tal como demuestra el caso ya famoso de Sun Zhigang y sus consecuencias.

En marzo de 2003, en la región de Guangdong, la muerte mientras estaba detenido de Sun Zhigang, un joven diseñador de la provincia de Hubei, encarcelado porque no llevaba encima ni carné de identidad, ni permiso temporal de residencia, desencadenó una campaña de opinión sin precedentes contra el trato que el régimen chino reservaba a los trabajadores migrantes.

El caso, revelado por el *Nanfang Dushi Bao* (*Las Noticias de la Metrópoli del Sur*), un periódico de Cantón conocido por su compromiso y su libertad de tono, se difundió rápidamente por Internet, en webs chinas muy visitadas, antes de que el Gobierno pudiera controlar la gestión de la crisis y bloqueara el acceso a las fuentes de información. Indignados por esta situación, tres jóvenes universitarios de Pekín, a cuyo frente había el ya famoso Xu Zhiyong, profesor ayudante de derecho en la Universidad de Correos y Telecomunicaciones de Pekín, dirigieron una petición al Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional (APN), en que pedían la revisión, en vista de los derechos garantizados por la Constitución, de los Reglamentos administrativos de 1982 sobre «la detención y la repatriación de los mendigos y vagabundos de las ciudades». Estas disposiciones, repetidamente denunciadas por el conjunto de defensores de los derechos humanos, se utilizaban a la práctica como base legal para encarcelar a trabajadores inmi-

grantes que no dispusieran de permiso de residencia (*bukou*), en alguno de los 700 centros de detención existentes para esta finalidad. Según el *Washington Post* (19 de junio de 2003), en aquella época un millón de personas figuraban en este tipo de centros «de alojamiento y repatriación».

El Gobierno, sacudido por una impresionante movilización popular difundida por Internet, no tardó en reaccionar. En junio de 2003, durante una reunión del Consejo de Asuntos Estatales, presidida por el primer ministro Wen Jiabao, se decidió abolir los Reglamentos de 1982 porque ya no «correspondían a las necesidades del sistema». Por otro lado, se tenía que poner en marcha una política de ayuda a los vagabundos de las ciudades.

El poder chino conseguía así una jugada magistral. Pasaba la responsabilidad de esta desviación de la Administración a las autoridades locales, mientras se atribuía la argumentación a favor de un constitucionalismo a la china, coherente con una nueva modernidad protectora de los derechos individuales. Este caso ilustra perfectamente la dicotomía existente hoy en día en China entre las palabras y los hechos.

Las autoridades no sólo se apresuraron a condenar a muerte o a penas de cadena perpetua a las personas y a los detenidos que fueron juzgados responsables de la muerte de Sun Zhigang, sino que, desde entonces, ejercen una represión terrible sobre la prensa de Cantón, considerada demasiado independiente.

Cheng Yizhong, redactor en jefe del *Nanfang Dushi Bao*, que había revelado el escándalo, fue retirado del cargo y excluido del Partido Comunista Chino, el 22 de octubre de 2004, por la Comisión de Disciplina del Partido Comunista Chino de Cantón y el poder prohibió la publicación de esta noticia a la prensa china. Además, Cheng Yizhong, que estuvo encarcelado sin ninguna acusación entre el 20 de marzo y el 27 de agosto, seguramente no podrá ejercer su profesión de periodista, y dos de sus compañeros del *Nanfang Dushi Bao*, Yu Hu-afeng y Li Minying, fueron condenados a fuertes penas de prisión por acusaciones visiblemente infundadas de corrupción.

Actualmente, el sistema de control de los medios de comunicación chinos tiene un buen rodaje. El Partido recurre a técnicas múltiples para gestionar y controlar eficazmente a los medios chinos con el único objetivo de adaptar la opinión en su favor.

Estas técnicas, por ejemplo, consisten en autorizar a los medios públicos a informar sólo sobre un acontecimiento (*Xinhua*, *Diario del Pueblo*, CCTV, etc.), perseguir severamente a los periodistas sin licencia u orientar las decisiones de las redacciones. De manera general, el Partido considera a los periodistas agentes a su servicio. Así pues, no es extraño leer un artículo o ver un documental que denuncie ciertos abusos de las autoridades locales en materia de corrupción, sobre todo si estas denuncias refuerzan las líneas generales definidas por Pekín.

Dado que los ciudadanos chinos acceden cada vez más fácilmente a los medios de comunicación extranjeros, especialmente a través de las nuevas tecnologías, el Partido se esfuerza ahora para intentar controlar todo lo que pudiera transformarse en una nueva fuente de desestabilización desde el exterior, y hay que reconocer que el régimen chino logra todavía bastante bien sus objetivos.

En el caso de la Internet china se calcula que el número de usuarios chinos que se conectan a Internet es de 94 millones. Naturalmente, estos usuarios no pueden acceder al conjunto de la Red, en la medida que es ampliamente controlada por el Estado.

A pesar de todo, numerosos intelectuales utilizan esta herramienta como un medio de expresión formidable, todavía protegidos contra una determinada censura, tal como explica el intelectual comprometido Liu Xiaobo: «Durante los últimos dos años especialmente, el control policial se ha reforzado sin cesar; en 2005, concretamente, tuve ante casa policías que me vigilaron durante casi medio año. Estaba en arresto domiciliario, mi mujer era vigilada por la calle, y tenía a menudo el teléfono cortado. Aun así, gracias a Internet, a pesar de todo, pude publicar mis protestas contra la policía china en los medios extranjeros [...] esto era impensable antes de la creación de la Red.»

Así pues, la Internet china es el centro de una intensa actividad política y cultural que llega a una juventud china, usuaria a gran escala de una herramien-

ta considerada un medio privilegiado de expresión, a pesar de un programa de control reforzado, bautizado con el nombre de *Great Firewall*, y los recientes escándalos que cuestionan a Google o Yahoo por su colaboración con las autoridades chinas.

Por lo tanto, Internet es un medio de expresión privilegiado y a menudo incluso de expresión literaria —sólo hay que recordar las novelas diabólicas de la nueva generación de escritoras de Shanghai— o poética, como demuestran las investigaciones de Michel Hockx:

«Las comunidades literarias en línea, por un lado, forman parte de la comunidad de la cultura impresa, del mismo modo que los círculos de escritores, los diarios escolares u otras comunidades en las cuales aspirantes a escritores practican, discuten y publican con la esperanza de recibir un reconocimiento y posiblemente convertirse algún día en un autor aclamado de la cultura impresa. Al mismo tiempo, aun así, estas comunidades favorecen una interacción directa a través de grandes distancias geográficas, junto con una difusión para un público potencial enorme, una combinación que sería difícil de adaptar a la práctica de la cultura impresa. El uso de prácticas informáticas parecidas también sería difícil de adaptar. El uso de software y protocolos parecidos en diferentes marcos culturales garantiza que las prácticas de las comunidades en línea de todo el mundo tengan unos determinados elementos en común, como por ejemplo la tendencia de basarse parcialmente en

las estadísticas para el reconocimiento y la difuminación de los límites entre los roles especializados, como los de autor, crítico y lector, que son tan importantes en la práctica de la cultura impresa. Además, la naturaleza del medio en línea parece favorecer, cuando menos por ahora, los géneros más breves, como por ejemplo la poesía o las historias por entregas (o actuación progresiva), lo que focaliza unos géneros que tienden a ser marginales en la cultura impresa. Al mismo tiempo, se observan diferencias culturales que demuestran que el ciberespacio no es el centro de ningún tipo de expresión cultural transnacional. [...]

Ciertamente, no hay ningún indicio según el cual la literatura ciberespacial tenga que transformar radicalmente a la sociedad china, ni siquiera su literatura. Por un lado, esto es debido a que el Estado ha desarrollado unos mecanismos eficientes para garantizar que no se produzca; por otro, porque a muchos profesionales les falta interés para ser transgresores o vanguardistas, o las dos cosas a la vez; y, por último, porque la literatura cumple una función distinta en la cultura china. Además, a pesar de que la literatura china en la Red sea tímidamente innovadora, ha sido tema de un debate intenso entre críticos chinos y especialistas de literatura, que se han ganado un nombre entre los críticos, editores y libreros en el mundo global de la cultura impresa, una magnitud que es evidente que la literatura occidental en la Red no ha conseguido.»

Los intelectuales y el poder: una sociedad sin ideología

El renacimiento intelectual de la China posterior a Mao es innegable y complejo. A veces se resume por una oposición entre una «nueva izquierda» neomarxista y un liberalismo abierto hacia Occidente, corrientes que responden a aspiraciones profundas, y a veces contradictorias, de la sociedad china en conjunto. Sea como fuere, el control del Estado sobre el imperio de las ideas se mantiene tan sutil como presente.

En un ensayo remarcable, que se publicó hace unos años y llegó a ser célebre rápidamente, el sinólogo Perry Link, profesor de la Universidad de Princeton, describe con sutileza la influencia invisible del Estado chino sobre el mundo de las ideas, usando la metáfora de la serpiente enroscada discretamente en el candelabro y a punto de estirarse y estrangular a sus víctimas.

La influencia invisible del Estado sobre el mundo de las ideas

«En la China de Mao una persona podía ser detenida y perseguida por hablar con su vecino de su gato. La palabra china para referirse a un gato (*mao*, tono alto) es casi homónima del nombre del gran líder (*mao*, tono ascendente), y un aviso a la policía de algún fisgón que hubiera oído una cosa por la otra y os hubiera tomado por un irrespetuoso os podía arruinar la vida. Un incidente como este

es el tema de una historia epónima de Cao Guanlong, publicada en 1980, un ejemplo de la literatura de cicatrices posterior a la Revolución Cultural, en buena parte basada en hechos reales. Estas cosas ya no pasan. La influencia del Gobierno chino en la vida diaria de la gente china normal y corriente ha disminuido notablemente durante los últimos 25 años. El círculo de la vida no oficial se ha ampliado y las conversaciones informales son mucho más libres que antes. Aunque todavía no hay tiras cómicas incisivas en los periódicos, el sarcasmo no menos crítico florece en los chistes y se oyen cancioncillas rítmicas en emisoras en todo el país. Algunos de estos dichos acusan directamente al Partido Comunista (“Si no eliminamos la corrupción, el país morirá”; “si eliminamos la corrupción, el Partido morirá”). Otros se atreven a satirizar Jiang Zemin, Li Peng y otros altos dirigentes por el nombre.

La represión todavía es un problema importante, y su alcance y sus métodos no se entienden bastante bien en Occidente. Para apreciarlo hay que revisar un hecho insípido pero fundamental: la prioridad máxima de los altos dirigentes del Partido Comunista continúa siendo, como en el pasado, no el desarrollo económico, o una sociedad justa, o la posición internacional de China, o cualquier otro objetivo para el conjunto de la nación, sino su influencia en el poder. Así pues, continúa prohibiendo cualquier expresión de oposición contraria al Partido y si conviene aplastando cualquier organización que no controle o que no pueda controlar fácilmente. El destino de los ejercicios de respiración *qigong* es un buen ejemplo. [...]

La censura en temas intelectuales sigue ampliamente el mismo modelo. Casi todo se puede decir en privado, lo que representa un

gran adelanto en relación con la época de Mao. Así, los periódicos académicos, como tienen unas tiradas reducidas, disponen de más margen de maniobra que otros medios de publicación.»

Perry Link (2002). «The Anaconda in the Chandelier». En: *New York Review of Books*. Este artículo y otros textos del mismo autor se pueden consultar en la web de Human Rights in China: <<http://www.hrichina.org/public/search?q=perry+link>>

RESISTENCIAS: LA FORMACIÓN DIFÍCIL DE UNA SOCIEDAD CIVIL

A pesar de los adelantos que hemos descrito antes brevemente, en la China de 2008 se mantienen todavía unas ciertas resistencias políticas y sociales que impiden que la sociedad china evolucione hacia un paradigma democrático.

Sociedad, política y derecho

En el espacio de 25 años, la República Popular China ha desencadenado hasta tres revoluciones jurídicas: entre 1978 y 1982, con la adopción de una Constitución libre de sus rechazos revolucionarios; entre 1992 y 1999, con la promoción de «la economía socialista de mercado» y «el Estado de derecho socialista», y, finalmente, entre 2001 y la actualidad, con el acceso de China a la Organización Mundial del

Comercio (OMC) y la transformación profunda del paisaje normativo chino en el sentido de una mayor transparencia, de una uniformidad más clara y de un cierto control de los actos de la Administración.

A lo largo de este periodo, la gran difusión del concepto de «legalización» (*fazhibua*) no tan sólo ha contribuido a reforzar la legitimidad del Partido-Estado, sino que también ha participado en el desarrollo de una conciencia jurídica basada en un mejor conocimiento de los derechos y en la expresión de un deseo profundo de justicia. A pesar de no tener precedentes, esta dinámica se mantiene incompleta y ampliamente desorganizada. Estas evoluciones del diseño y la práctica del derecho chino se enmarcan generalmente en el contexto de las relaciones económicas y sociales globalizadas, a las cuales responden una institucionalización y una internacionalización.

A pesar de la permanencia de numerosos elementos heredados del periodo revolucionario, la institucionalización, incluso relativa, de las normas y prácticas chinas es evidente. En los últimos años, se han aprobado centenares de textos de leyes, a nivel nacional y local, para acompañar la apertura de la economía y también aunque, en menor grado, las evoluciones de la sociedad. Los tribunales se han reorganizado según una jerarquía en cuatro niveles, en lo alto de la cual se encuentra el Tribunal Popular Supremo (*Zuigao renmin fayuan*). Los ciudadanos hacen valer cada vez más sus derechos en causas que los enfrentan a entidades privadas, y también en el Esta-

do. Aun así, el nivel de profesionalización del sistema judicial continúa siendo preocupante. Se ha creado de nuevo un colegio de abogados.

Los abogados en China

La rehabilitación de la profesión de abogado y el intento de separarla del aparato estatal es aún incompleta y engañosa, es un proceso de años. Prohibida la abogacía entre 1957 y 1977, se permitió a los abogados participar gradualmente en el ordenamiento jurídico después de la aprobación de la Constitución de 1978 y las nuevas normas penales de 1979 y la restauración del derecho a la defensa. Sin embargo, los abogados seguían siendo «agentes legales del estado», una especie de oficial con un estatuto especial, cuyas actividades estaban completamente supervisadas por organismos públicos. La Asociación China de Abogados (ACLA) y sus áreas locales fueron cogiendo cada vez más carga de la gestión de estos profesionales. Hace poco tiempo de su independencia respecto al ministerio de justicia. La «Ley de Abogados y Representación Legal» de 1996 se previó como una carta profesional para una profesión en expansión. Los abogados finalmente tenían derecho a trabajar fuera del sistema estatal y las empresas privadas se multiplicaron. Sin embargo, una serie de disposiciones aún tendían a restringir la libertad de acción de los defensores de los derechos humanos en China. El artículo 96 de la Ley de Procedimiento Penal establece que se puede acusar a los abogados de divulgar secretos de Estado y que los que deseen buscar ayuda externa deben primero pedir permiso por seguridad pública. Incluso el concepto de «secreto de Estado» se define de una forma tan vaga como para hacer que los defensores de derechos sean vulnerables a tales acusaciones. El artículo 306 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, ampliamente

utilizado para silenciar abogados, compara algunas acciones penales a la falsificación de pruebas o el perjurio. El texto de la Ley de Abogados ha experimentado cambios recientes en relación con la gestión de las TIC, aunque el propósito de estos cambios no está claro. Desde el caso del abogado ciego Chen Guangcheng, uno de esos «abogados descalzos» que supo utilizar los resquicios de un sistema legal, que ofreció un mínimo de protección en defensa de la población contra la arbitrariedad del estado, a otros tantos activistas de los derechos humanos. Los repetidos e indignantes abusos que se cometen a diario con esos nuevos defensores de derechos humanos (*Renshi weiquan*) y otros juristas autodidactas que, imbuidos por la pasión por la justicia, creen en la fuerza de los argumentos legales y hacen gala de una voluntad tenaz para desafiar el estado, constituyen ejemplos recientes y evidentes de negación de los derechos individuales, y aportan más cuestiones que respuestas sobre la intencionalidad de la reforma legal china. ¿Qué tipo de régimen sería aquel que comete violaciones graves de los derechos humanos y la dignidad de la persona, y con total impunidad? Una observación similar podría formularse en términos de la reforma judicial.

A pesar de la creación de un nuevo colegio de abogados, todavía pesa una gran hipoteca en la independencia de los abogados y los derechos de la defensa. Con ejemplos como el de las amenazas sobre Gao Zhisheng, famoso defensor de los derechos fundamentales, que trabaja en el bufete de abogados Shengzhi en Pekín —arrestado oficialmente en septiembre de 2006 por orden municipal—, la actualidad nos recuerda constantemente que el margen de ma-

niobra que tiene esta profesión es controlado escrupulosamente por un Estado que, aun así, exhibe de forma esquizofrénica una gran voluntad normativa. En realidad, la enseñanza jurídica superior ha experimentado un nuevo impulso y en China hay actualmente un centenar de facultades de derecho que entregan títulos de tercer ciclo, con formaciones de media jornada e incluso televisadas.

Este proceso de institucionalización del derecho chino ha adoptado la forma de una mezcla de normas internas y normas manlleuades de culturas extranjeras o globalizadas. Las influencias externas son hoy destacadas, por ejemplo, en los Principios generales del derecho civil, codificación parcial aprobada durante la sexta ANP, el abril de 1986, y en el debate actual sobre la aprobación de un Código civil sincrético, inspirado a la vez en las tradiciones de derecho civil y de common *law*, o también sobre la Ley unificada sobre los contratos de 1999.

El acceso de China a la OMC, y las consecuencias parcialmente visibles de esta integración voluntaria y negociada al comercio internacional en términos de armonización de las normas y prácticas chinas con las normas internacionales, dan fe de la disgregación de las fronteras normativas de la China de las reformas.

El profesionalismo de algunos agentes jurídicos y las nuevas relaciones de la población con la justicia —evoluciones fomentadas por la tecnicidad real de las normas y la mayor estabilidad del edificio—, aun

así, no son sinónimos de seguridad jurídica, ni aun menos de estado de derecho. De hecho, este *yifa zhiguo* coexiste en el texto constitucional con el marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Zedong y la teoría de Deng Xiaoping, doctrinas que insisten en el «papel dirigente» del Partido.

Tanto en la teoría como en la práctica, el poder legislativo es superior al poder judicial y, en ausencia de separación de los poderes, los órganos del Partido dominan el conjunto del esquema institucional.

Las últimas enmiendas constitucionales de 2004 no resuelven en absoluto el tema espinoso de la protección de los derechos fundamentales, entre los cuales figura un derecho de la propiedad que es muy difícil de codificar, tal como demuestran los últimos debates legislativos y la reaparición inesperada de corrientes neomarxistas opuestas a la consagración de una economía de mercado que se considera inicua.

Si bien el derecho como elemento de racionalización del sistema social parece de nuevo sacralizado, es difícil decir hasta donde podrá llegar esta investigación de la justicia. De hecho, la norma jurídica se convierte periódicamente en el centro de los ataques de los conservadores, que ven en su desarrollo las señales que alertan de una pérdida de control sobre las conciencias y la sociedad.

Sociedad y religión

Es muy difícil establecer un balance preciso de las prácticas religiosas en China. En 2005, el Gobierno chino decidió reforzar su control sobre las actividades religiosas, especialmente en las regiones rurales pobladas por minorías étnicas.

Las condiciones generales de la práctica del budismo tibetano no han mejorado, y a pesar de que la intensidad de la represión varía según las regiones (Sichuan, Gansu, Tíbet), en general se mantiene fuerte. Los católicos chinos son regularmente víctimas de persecuciones y, desde 2006, las autoridades chinas tienen detenidos más de cuarenta sacerdotes. China no ha establecido todavía relaciones diplomáticas con la Santa Sede, puesto que dos de las condiciones impuestas por Pekín son la no intervención de la Iglesia en la selección del clero chino y la ruptura de relaciones con Taiwán. Por su parte, los protestantes también son dirigidos con firmeza.

Las prácticas religiosas musulmanas son controladas escrupulosamente, en la medida que todas las mezquitas tienen que figurar en el registro de la Asociación Islámica China, dirigida por el Estado, y los imames tienen que seguir periódicamente cursillos de formación de educación patriótica. La represión es especialmente dura en las regiones de las minorías uigurs, es decir, fundamentalmente al Xinjiang, que es una zona considerada por Pekín como el centro de un islamismo terrorista e independentista. No hay

que decir que, después del 11 de septiembre de 2001, se han sucedido numerosas campañas de lucha contra el terrorismo. Con este pretexto se han practicado numerosas detenciones en estas regiones.

La situación de Falungong, muy mediatizada durante un tiempo, no ha mejorado en absoluto y su represión revela los miedos y las ambiciones del régimen chino. Para He Qinglian, Falungong no es tan sólo la expresión de una adhesión sectaria, sino el reflejo de una sociedad china desengañada en busca de una identidad espiritual diferente.

Falungong, un movimiento revelador de la sociedad china actual

«Falungong aparece como una de las formas de *qigong* más extremistas. Ha adquirido una dimensión tan grande que, cuando el Gobierno central quiso poner fin a sus actividades, se vio obligado a recurrir a todos los medios de la dictadura, la propaganda y la prensa.

Lo que llama la atención especialmente es que, además de los dirigentes del Partido, del Gobierno y del ejército, un gran número de adeptos de Falungong tienen un alto nivel de formación: investigadores, profesores de escuela o de universidad. Desde este punto de vista, el caso de Falungong revela unos problemas sociales que merecen ser objeto de un estudio en profundidad. [...]

En un segundo plano del movimiento de Falungong se encuentra la crisis de identidad de la sociedad. ¿Por qué tanta gente, de todas

las clases sociales, se siente tan atraída por Falungong? El autor de este artículo ha hablado con numerosos practicantes de Falungong. La impresión que ha tenido es que la aspiración de la mayoría de estas personas es participar en un movimiento colectivo que tenga un sentido. Su aspiración es política.

Veinte años después de las reformas, las bases económicas que sostenían una estructura ideológica muy unificada ya han cambiado, y las aspiraciones espirituales populares ya se han pluralizado. Aun así, mientras que la mayoría de la gente ya no se muestra receptiva a unos valores únicos y a esta ideología, las aspiraciones de la élite intelectual hacia una “occidentalización” de la cultura moderna y social tampoco son admitidas por el poder. Así, son numerosos los miembros de esta sociedad que, a través de la rendija abierta, deliberadamente o no, por las autoridades, emprenden la vía estrecha y sinuosa, dibujada por las culturas místicas populares. Cuando la expansión de la organización mística popular ha acabado dándole el aspecto de un poder de sustitución, esto ha despertado las inquietudes de las autoridades y ha provocado la represión. Aun así, precisamente por el hecho de que la crisis que se esconde detrás de Falungong es, en realidad, una crisis de identidad de la sociedad, obstinarse a utilizar expresiones como por ejemplo “misticismo popular” para denunciarla y criticarla, no conseguirá solucionar profundamente la cuestión de las creencias del pueblo.»

Fragmento de la obra de He Qinglian (1999). *Shunwu* (núm. 5), traducido de la versión francesa de Marie Holzman y Chen Yan (2003). *Écrits édifians et curieux sur la Chine du XXe siècle, Voyage à travers la pensée chinoise contemporaine* (pág. 173 y 180-182). La tour d'Aigues: Éditions de l'Aube.

Los olvidados de la sociedad china

Las minorías

Según la Constitución china, todas las minorías son iguales y cualquier forma de discriminación está prohibida. Sin embargo, estas formas de discriminación continúan existiendo.

A modo de ejemplo, los empresarios de origen Han a menudo dan prioridad a la contratación de mano de obra Han, cuando se encuentran en regiones con minorías como por ejemplo Xinjiang. Yendo todavía más lejos, el Gobierno chino favorece la inmigración de la población Han en las regiones con minorías como por ejemplo el Tíbet o Xinjiang, donde los Han representan cerca del 40 por ciento de la población, mientras que el 1949 sólo eran el 6 por ciento.

Las minorías –unas 55, las cuales hablan 60 lenguas, pero sólo son el 9 por ciento de la población– que han aceptado someterse al control del régimen, a veces han conseguido preservar algunos aspectos de su cultura y su tradición, basándose en el aparato del Estado Partido. Así, en el suroeste de China, los zhuang, los yao o los yi disfrutaban de una relativa libertad para hacer valer los derechos que les garantiza la Constitución china, especialmente en términos de autogestión y de representación a nivel nacional. En cambio, las minorías que han rechazado someterse

a las reglas del Partido Estado y reivindican su autonomía —y no digamos su independencia— como por ejemplo los tibetanos o los uigurs, son regularmente víctimas de campañas de represión.

Si el Gobierno chino no ha dejado de invertir en educación o infraestructuras en estas regiones (Tíbet, Xinjiang y Mongolia) es para controlar mejor a los poderes locales y facilitar la implantación de población Han, tal como ha demostrado recientemente la línea de ferrocarril de Lhasa, gran orgullo del Gobierno chino y destinada oficialmente a desenclavar el Tíbet. China inauguró en 2006 el primer tren que enlaza Pekín con Lhasa, conocido como el «Camino del Cielo». El recorrido es de 4.062 km, de los cuales casi 1.000 km se hacen a una altura superior a los 4.000 metros.

Los migrantes y el sistema del «hukou»

Se cree que entre 120 y 130 millones de campesinos han abandonado la tierra para buscar trabajo en la ciudad, lo que representa la mayor migración interna que se ha producido nunca a nivel mundial. Después de haber tratado indirectamente esta cuestión antes, repasamos rápidamente este problema desde un punto de vista algo distinto, como es el de la difícil integración de esta gran cantidad de población dentro del conjunto de la sociedad china, y el enor-

me ataque a la dignidad humana que ejemplifica esta ciudadanía procedente de otras zonas.

El sistema del *hukou* expone a los migrantes a numerosas dificultades cotidianas y, a veces, incluso, a verdaderos ataques a la dignidad humana, como es el caso de la noticia publicada por el *New York Times*, en que se atenta contra la igualdad de derechos proclamada por la Constitución china:

«La hija adolescente de He Qingzhi, Yuan, y sus dos amigas vivían en la misma calle, cerca del río Yangzi, iban a la misma escuela y murieron en el mismo accidente de circulación el año pasado. Después de esto, la simetría se acabó: bajo la ley china, la vida de Yuan valía menos que las otras. [...]

El señor He, de 38 años, que había vivido en esta ciudad del centro de China durante 15 años, oyó decir que sus vecinos tenían derecho a una indemnización por el accidente casi tres veces superior que la suya porque estaban registrados como residentes urbanos, mientras que él sólo era un trabajador inmigrante.

«Quedé sorprendido —dijo el señor He, mientras ordenaba documentos jurídicos en su piso y la mujer lloraba en la habitación del lado. Las chicas tenían poco más o menos la misma edad. Iban a la misma escuela—. ¿Por qué nos dan menos?»

Ofendido, el señor He estudia con su abogado un recurso, para reclamar que la decisión era discriminatoria y que la familia tendría que tener derecho a la indemnización completa, según la Constitución china. El problema de esta argumentación es la Consti-

tución china. Más ciudadanos como el señor He reclaman derechos ciudadanos y a menudo mencionan la Constitución, pero, en realidad, no es sino una herramienta muy débil para proteger los derechos individuales.

El problema no es que el documento carezca de ideales nobles o se considere poco importante. Lo que pasa es que para los ciudadanos chinos la Constitución es en gran medida inaccesible. A pesar de que describa un amplio abanico de derechos, el sistema jurídico chino, esencialmente, no permite que los ciudadanos como el señor He utilicen la Constitución como mecanismo para recusar leyes o políticas que consideren que infringen los derechos. [...]

Aquí, en las montañas del extenso municipio de Chongqing, el señor He y su familia habían vivido una historia de inmigración feliz, antes de que se produjera la muerte de su hija.

El señor He se crió en un pueblo campesino, en las montañas cercanas al Yangzi. En 1991, se fue para buscar trabajo en el comercio de la carne al por mayor. Compraba y mataba cerdos en diferentes pueblos para un carnicero, que vendía la carne a un comercio de Guojiatuo, que tiene cerca de 29.000 habitantes. El señor He y su mujer, Zhan Denglan, se trasladaron a la tienda del carnicero, y Yuan nació aquel mismo año en un hospital cercano.

Hacia el año 2000, el señor He abrió su propia parada de carne en un mercado vecino, y matricularon a su hija en una escuela local. Todavía guarda

las cartillas de residencia temporal, que prorrogaba anualmente, puesto que figuraba como trabajador inmigrante. Según afirmaba, había pagado los impuestos locales desde la apertura de su parada; además, su familia también tiene el librito rojo que certifica que cumple la política de hijo único.

El año pasado, el 15 de diciembre, a primera hora de la mañana, Yuan, de 14 años, fue a la parada de carne porque necesitaba dinero para material escolar. Hacía diez minutos que se había ido, cuando alguien dijo al señor He que Yuan había tenido un accidente. En el lugar del accidente, vio que un camión sobrecargado de ladrillos se había empotrado contra el pequeño triciclo motorizado que transportaba a Yuan y a sus dos amigas a la escuela. El camión había volcado y había aplastado a las tres chicas, que habían quedado sepultadas bajo un montón de ladrillos. [...]

Al cabo de unas horas, llevaron a las familias de las tres chicas muertas a un hotel local, ante una junta de indemnizaciones *ad hoc*, formada por un oficial del comité local, un oficial de la comisaría de policía, un oficial de la educación local y dos más de la escuela secundaria, el propietario del camión y tres representantes de la compañía de transporte que había alquilado el camión para transportar los ladrillos.

Según el señor He, el encuentro pronto pareció un arresto domiciliario. Su mujer y él fueron retenidos en el hotel durante dos días porque habían discutido el valor de la vida de su hija. Uno de los representantes de la compañía de transporte, obligada

a pagar, afirmó que la ley china dictaba que el señor He y su esposa sólo tenían derecho a 50.000 yuanes (unos 5.000 euros). Pero dijo que la compañía les daba 70.000 yuanes (unos 7.000 euros), como muestra de solidaridad y para ayudar a pagar el funeral. Las otras familias cobraron unos 200.000 yuanes (unos 20.000 euros).»

Las mujeres

Contrariamente a lo que se podría pensar, la situación de las mujeres chinas no ha mejorado claramente a partir de las reformas y la apertura económicas. De hecho, según numerosos analistas, se constata hoy una inversión de valores que tiene como principal consecuencia reintegrar a la mujer en tareas subalternas y hacer que su futuro vuelva a depender del éxito del marido.

Se observa incluso claramente un regreso a unas prácticas antiguas y, durante mucho tiempo, reprobadas como feudales, como por ejemplo la pasión de los ricos chinos por las concubinas, aquellas segundas mujeres que, en la literatura popular o las series de televisión, se envuelven de muchísimas virtudes. Y lo que es peor todavía, se han retomado los infanticidios de niñas, como un nuevo efecto perverso de la política del hijo único. De forma que China —de las campañas por encima de todo— se encuentra en una situación absurda de falta de mujeres (con una

proporción de 100 niñas por 117 niños, a la hora de nacer).

Pies vendados o «flores de loto»

Durante más de mil años, las mujeres chinas de todas las categorías sociales han sufrido un gran tormento en nombre de una costumbre heredada de la aristocracia, procedente, sin ningún tipo de duda, de algún tipo de fetichismo erótico.

Las mujeres de las «flores de loto», celebradas por toda la poesía china tradicional, incitaban la imaginación de la especie masculina, la cual lo aprovechaba para inmovilizar a la mujer, en sentido propio y figurado, en el interior del hogar.

Da fe este fragmento de Su Tungpo (1036-1101), poeta de principios de la época Song, reproducido por el sinólogo John King Fairbank.

Exhalando el perfume, dibuja unos pasos de loto; Y a pesar de su tristeza, anda ligera.

Danza como el viento, sin dejar ningún rastro físico.

Otra, subrepticamente, intenta alegremente seguir el estilo palaciego, ¡pero como es de grande su dolor así que quiere andar! Míralos en el hoyo de la mano, tan increíblemente pequeños.

Que no hay palabra para describirlos.

Estas mutilaciones, que pretendidamente acentuaban la fragilidad graciosa de las jóvenes chinas, y que no fueron suprimidas hasta 1920, gracias a los movimientos de modernización, estaban codificadas de forma muy estricta. Representaban mucho más que una simple curiosidad. Numerosos historiadores ven hoy, no sólo toda la inventiva de la perversión sexual, sino también la expresión de un control social muy habilidoso. Las niñas, a partir de los 7 u 8 años de edad, sufrían un tratamiento que les infligía su propia madre, que consistía en mantener los cuatro dedos más pequeños de los pies bajo el puente del pie por medio de vendados. El dedo gordo también se orientaba hacia el talón. Se trataba de reducir el pie a una medida ideal de 8 centímetros, doblándolo para hacerlo entrar en zapatos bordados minúsculos. La joven, condenada a bambolear sobre los talones, era prisionera de su cuerpo, de la imaginación masculina y de los prejuicios sociales. Ninguna mujer no era digna de casarse si no se había sometido a dicha costumbre. El peso social era inmenso y la transmisión de madre a hija estaba garantizada.

Por muy desconcertante que pueda parecer, la igualdad de sexos hoy en día es muy cuestionada en el mundo laboral chino. Incluso se observa una degradación muy evidente de las condiciones laborales de las mujeres.

Actualmente, las mujeres representan el 46 por ciento del total de la mano de obra. En 1985, sólo cobraban el 80 por ciento del sueldo de los hombres,

en el sector industrial rural, y en 1987, el 88 por ciento en el sector estatal. Estas diferencias salariales no han dejado de crecer con la liberalización del mercado laboral. En 1990, las mujeres ganaban el 83 por ciento del sueldo masculino, y en 1999 sólo el 70 por ciento. Para el Banco Mundial, estas diferencias son debidas mayoritariamente a la gran concentración de mujeres en los sectores con unos sueldos más bajos. La proporción de mujeres que ocupaban cargos de responsabilidad era sólo del 12 por ciento, en 1997. También hay una mayor proporción de mujeres entre el personal despedido debido a reestructuraciones de empresas estatales o entre los solicitantes de trabajo. Así, por ejemplo, en 1998, el 62 por ciento de las personas despedidas en la provincia de Liaoning eran mujeres.

El aumento de las migraciones también es muy destacado entre la población femenina. Recientemente, su índice de crecimiento ha superado el de las migraciones masculinas, aunque estas últimas continúan siendo más elevadas. Una gran cantidad de población femenina soltera, por lo tanto sujeta a cargas ilimitadas, se encuentra en las fábricas de las zonas costeras del este y del sur del país. Como cualquier inmigrante, estas mujeres tienen que enfrentarse a unas condiciones de vida muy duras, y a menudo no disfrutan de ninguna protección social.

Según algunos investigadores, a pesar de no disponer de unas estadísticas totalmente fiables, nos encontramos ante una feminización de la pobreza.

A este fenómeno se añade la dificultad creciente de acceso de las niñas a la educación, sobre todo desde que ha sido privatizada. Cerca del 70 por ciento de los 240 millones de analfabetos que hay en China son mujeres. En 1998, el 99 por ciento de los niños chinos estaban matriculados en la escuela primaria. Las niñas representaban el 46 por ciento del alumnado de secundaria y el 39 por ciento de los estudiantes de grado superior. Las cifras ponen de manifiesto una disminución, a largo plazo, de las diferencias entre sexos, pero, naturalmente, no revelan las nuevas tendencias que aparecen en el campo debido a la privatización creciente de la educación y al acceso más difícil de la población modesta a la educación.

Una observación parecida se puede hacer en materia de acceso a los servicios públicos de la sanidad. La capacidad de las mujeres de disponer de dichos servicios depende cada vez más de su nivel de ingresos, puesto que numerosos servicios básicos, tradicionalmente gratuitos, ahora tienen que pagarse. En estas condiciones, para acceder a la asistencia médica, las familias más desfavorecidas tienden a dar preferencia a los hijos sobre las hijas.

Todas estas condiciones contribuyen al rechazo social de las mujeres, que son las primeras víctimas de los efectos perversos de la liberalización del mercado y, en algunos casos, quedan al margen del crecimiento.

A esta degradación de las condiciones de vida se añade una inversión más general de las relaciones fa-

miliars. En China se producen cerca de 3,5 millones de divorcios cada año.

El fenómeno del tráfico de mujeres, sin duda, todavía es más preocupante. En 1992, la adopción de la Ley sobre las mujeres había permitido enmarcar jurídicamente la prohibición de este tráfico. Aun así, este reapareció debido a la liberalización del mercado y las costumbres y a la disminución del número de mujeres.

Se observan diferentes flujos de las provincias rurales pobres del sudeste (Yunnan, Guizhou, Sichuan, Guangxi y Hunan) hacia las provincias costeras del noroeste (Shandong, Hebei, Jiangsu, Fujian, Henan), que completan movimientos que van desde las provincias montañosas y fronterizas en dirección a las provincias del interior; estos últimos tráficos implican a veces estados vecinos como Tailandia, Birmania o Vietnam. Los datos en cifras son difíciles de conseguir, pero durante una campaña oficial, realizada en 2000, habían sido liberadas 10.000 mujeres en cinco semanas.

Todo ello explica, sin duda, la existencia de un índice de suicidios más que alarmante. De hecho, el 4,5 por ciento de las muertes de mujeres chinas están relacionadas con este fenómeno (en relación con el 1,6 por ciento a nivel mundial). De este modo, China es el único país en el mundo donde el índice de suicidios de las mujeres es más alto que el de los hombres (+40 por ciento).

El índice de suicidios de las mujeres es tres veces superior en el campo que en la ciudad y, seguramente, se explica por la dureza de las condiciones de vida y las prácticas, todavía habituales, de las bodas forzadas.

Recientemente, China ha hecho mención de las disposiciones adoptadas para luchar contra las discriminaciones contra las mujeres en un informe redactado, dirigido al Comité de las Naciones Unidas, que comprueba la aplicación de la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer.

La Asociación Oficial de las Mujeres Chinas (All-China Women's Federation) también ejerce un papel importante, si bien muy oficial, en la aplicación de las políticas chinas.

A pesar de que la participación de las mujeres en la vida política y su presencia en cargos de decisión todavía es muy limitada (un 21 por ciento de mujeres en el parlamento en 2012), cabe destacar algunas trayectorias personales y éxitos individuales.

Tabla 2. Los principales textos legislativos de la emancipación femenina

Ley sobre el matrimonio	1950-2001	Garantiza para los hombres y las mujeres los mismos derechos ante el matrimonio. Prohibición de la violencia doméstica.
Ley sobre sucesión	1985	Igualdad de derechos de sucesión entre hombres y mujeres.
Ley sobre la educación obligatoria	1986	Todos los niños de más de 6 años tienen que estar escolarizados durante 9 años obligatoriamente.
Normas generales del derecho civil	1986	Igualdad de derechos entre hombres y mujeres.
Ley sobre protección de los derechos y los intereses de las mujeres	1992	Recuerda las condiciones generales de igualdad de la mujer.
Ley sobre la protección de las madres y los hijos	1995	Atención médica específica prevista durante la maternidad.
Ley sobre el trabajo	1995	Prevé la igualdad entre hombres y mujeres ante el trabajo.

Fuente: según el Banco Mundial, *China, Country Gender Review*, junio de 2001. Consultar <http://www.worldbank.org>

El sida

Al final de la última década de los noventa, *El vendedor de sangre*, novela del escritor chino Yu Hua, describía como los campesinos pobres venían su sangre para subvenir a las necesidades más esenciales. Todavía no había estallado el escándalo de las ventas de sangre en Henan pero, a través de esta historia u otras

ya difundidas por la prensa local, ya se adivinaba la posible magnitud de una inmensa tragedia humana.

En aquella misma época, en la provincia de Henan especialmente, los campesinos más pobres vendían su sangre en medio de unas condiciones de higiene deplorables: sin ningún tipo de esterilización sistemática de los instrumentos médicos, mezclando sangre de distintos donantes, reinyectando una parte de la sangre extraída después de aislar el plasma en el cuerpo del donante, etc. El resultado previsible de estas operaciones, sin vigilancia, fue la difusión masiva del virus del VIH, además de hepatitis B y C. Según los especialistas chinos, 300.000 personas, y probablemente entre 500.000 y 700.000, o incluso un millón, se habrían visto condenadas por sangre contaminada. Y Henan, donde el alcance de la catástrofe no tiene precedentes, no es la única provincia afectada: Hubei, Anhui y Hebei también han sufrido intensamente los efectos. No obstante, estos escándalos son muy distintos de los que se produjeron en Francia o en Japón.

En plena década de los noventa, no se puede aducir un desconocimiento de la enfermedad ni de sus vías de transmisión, ni siquiera una falta de precauciones sanitarias.

En realidad, tal como demuestra el periodista Pierre Haski, excorresponsal del periódico francés *Libération* en Pekín, el cual investigó el caso por los pueblos de Henan, durante mucho tiempo la contaminación masiva ha sido negada tanto por el Gobierno

central como por los gobiernos locales, que habían instaurado una economía lucrativa con la venta de sangre.

La sangre de China, un odioso mercado de ingenuos

«Nuestra investigación revela que los gobiernos de Henan y de Pekín estaban informados de la existencia de contaminaciones de los vendedores de sangre por el VIH desde 1994, pero no hicieron nada hasta el 2003. Nueve años en que se habría podido salvar la vida de miles de personas, puesto que, en ausencia de la más mínima información o prevención, el virus se pudo transmitir a otras personas. Sin hablar de los tratamientos con antirretrovirales, que habrían podido mantener en vida a los primeros pacientes que desarrollaron la enfermedad a finales de los noventa y principios del año 2000. Las muertes se calculan ya en decenas de miles.

La contaminación masiva se ha negado durante mucho tiempo, y después se ha reconocido tímidamente; finalmente, la asistencia médica adoptada se ha llevado a cabo de cualquier forma, y se ha dejado que mueran en la miseria los campesinos, que ya figuraban en el nivel más bajo de la escala social china. No han sido previstas ni las más mínimas indemnizaciones. En cuanto a la responsabilidad, ningún protagonista de este asunto ha tenido preocupación alguna. Al contrario, muchos han sido ascendidos, empezando por el jefe supremo del Partido Comunista Chino en la provincia de Henan en la época de la contaminación, Li Changchun, protegido del expresidente Jiang Zemin. En 2002, fue ascendido al Comité Permanente del Buró Político del Partido Comunista Chino, el or-

ganismo en que se toman todas las decisiones más importantes en China.»

Pierre Haski (2005). *Le sang de la Chine, Quand le silence tue* (pág. 14-16). París: Grasset.

Según el Centro Chino de Control y Prevención de Enfermedades, el 31 de diciembre de 2003, en China había oficialmente 62.159 seropositivos y 8.742 enfermos de sida, entre los cuales 1.000 niños, y 2.359 personas habían muerto debido a la enfermedad. Según la comisión de salud y la de la planificación nacional de China, a finales de 2013, había 437.000 personas con el VIH / SIDA (263.000 personas que vivían con el VIH y 174.000 pacientes de SIDA) y 136.000 muertes informadas, aunque seguramente habría más en todo el país.

Según las fuentes chinas, la enfermedad afecta a la población pobre y rural en un 70 por ciento. En cuanto a la principal vía de transmisión, siempre según las fuentes oficiales, se trata de contaminación por inyección de droga. El índice de prevalencia sólo sería del 0,1 por ciento, lo que representa, aun así, un número considerable respecto a una población total de 1.300 millones de personas. Los enfermos se concentran en determinadas zonas rurales y alejadas del centro: el interior de China, las zonas fronterizas con Birmania y Vietnam o las de la ruta de la seda, que se une en algunos tramos con la de los traficantes de drogas.

La actitud de los dirigentes chinos se mantiene ambigua. Después de haberse negado a reconocer el alcance de la tragedia durante mucho tiempo, se inició una nueva estrategia de comunicación a principios del 2000, tal como demuestra la visita del primer ministro Wen Jiabao y del ministro de Sanidad Wu Yi al hospital Ditan de Pekín. En 2004, el presidente Hu Jintao visitó personalmente a los enfermos de zaf reuniones fuera de la capital para sensibilizar la opinión pública y recuperar el control mediático de las operaciones.

Otras medidas simbólicas se adoptan a partir de diciembre de 2003, fecha de inicio de la política de los «cuatro tratamientos gratuitos y una ayuda» (tests HIV, antirretrovirales, gastos escolares de los huérfanos y ayuda económica a los enfermos en dificultades). La primera provincia que se benefició fue la de Henan, que se vio gravemente afectada por la enfermedad y centró todas las miradas a partir de las revelaciones muy comprometedoras de principios del año 2000. En febrero de 2004, el Consejo de Asuntos Estatales, es decir en el nivel administrativo más alto del Estado, creó un Comité sobre el sida, y en abril de 2004, el sida dejó de estar clasificada como una enfermedad que requería una puesta en cuarentena.

No obstante, estos adelantos no demuestran una mejora real de la situación o de la atención de los enfermos, que son considerados otros ciudadanos indeseables. A finales de 2005, el Gobierno chino anunciaba la intención de crear unos centros de re-

clusión, basados en el modelo de los centros de reeducación a través del trabajo (o *laojiao*), en los que se aislarían a los enfermos de sida.

Tan sólo una concienciación a nivel nacional e internacional podría permitir que el Gobierno chino aplicara unas políticas eficientes a nivel local, lo que parece mantenerse hoy al margen de cualquier control.

Tanto si se trata de las minorías, las mujeres o los enfermos de sida, los olvidados o marginados del crecimiento chino son todavía numerosos, y las resistencias a la construcción de una sociedad civil capaz de expresar su oposición a un poder ciertamente modernizado, pero todavía muy represivo, tienden, a veces, a endeudar los adelantos formidables de 30 años de apertura y reformas.

Queda esperar que las bases económicas y sociales implantadas durante estos últimos años, como puede observarse en algunos ámbitos de la economía o las artes, permitan unir a las energías creadoras y reformistas, que la China de hoy demuestra más que nunca.

Bibliografia

Aubert, C. (1986). *La société chinoise après Mao. Entre autorité et modernité*. Paris: Fayard.

Aubert, C. (2005). «Le devenir de l'économie paysanne en Chine». En: *Revue Tiers Monde*, núm. 183.

Balazs, E. (1969). *La Bureaucratie Céleste*. Paris: Gallimard.

Banco Mundial (2013). *China 2030, Building a Modern, Harmonious and Creative Society*.

Bergère, M.-C. (1986). *L'âge d'or de la bourgeoisie chinoise*. Flammarion.

Bergère, M.-C. (2000). *La Chine de 1949 à nos jours*. Paris: Armand Colin.

Brock, T.; Frolic, M. B. (dir.). (1997). *Civil Society in China*. Nueva York: Armonk.

Cheng, A. (1998). *Histoire de la pensée chinoise*. Paris: Le Seuil.

Choukroune, L. (2015). «The Paradox of Justiciability: Labour Rights Litigation and Realisation in China and India». Surya Deva (ed.). *Socio-Economic Rights in Emerging Free Markets: Comparative Insights from India and China*. Londres: Routledge.

- Choukroune, L.; Froissart, C.** (2013). «Réforme du droit et contestation sociale sans État de droit : le laboratoire chinois». *Le Mouvement Social* (marzo, núm. 244, p. 47-65).
- Choukroune, L.** (2015). «The Language of Rights and the Politics of Law: Perspectives on China's Last Legal Ditch Struggle». *International Journal of the Semiotic of Law* (julio).
- Gentelle, P.** (dir.). (2004). *Chine, peuples et civilisation*. París: La Découverte.
- Gernet, J.** (1982). *Chine et Christianisme: action et réaction*. París: Gallimard.
- Gernet, J.** (1990). *Le Monde chinois*. París: Armand Colin.
- Gernet, J.** (1994). *L'intelligence de la Chine - Le social et le mental*. París: Gallimard.
- Granet, M.** (1980). *La pensée chinoise*. París: Albin Michel.
- Granet, M.** (1980). *La religion des Chinois*. París: Payot.
- Leys, S.** (1972). *Les habits neufs du Président Mao*. París: Champ Libre.
- Link, P.** (1992). *Evening Chats in Beijing: Probing China's Predicament*. Nueva York: W. W. Norton.
- Macfarquhar, R.** (1960). *The Hundreds Flowers Campaign and the Chinese Intellectuals*. Londres.
- Maspero, H.** (1971). *Le Taoïsme et les religions chinoises*. París: Gallimard.
- Perry, E. J.; Selden, M.** (ed.) (2010). *Chinese Society: Change, Conflict and Resistance* (3a. ed.). Routledge.
- Pimpaneau, J.** (1997). *Histoire de la littérature chinoise*. Philippe Picquier.
- Unger, J.** (2002). *The transformation of Rural China*. Nueva York: Armonk, M. E. Sharpe.
- White, G.** (dir.). (1992). *In search of Civil Society, Market Reform and Social Change in Contemporary China*. Oxford: Clarendon Press.

- Yang, D.** (1996). *Calamity and Reform in China. State, Rural Society and Institutional Change since the Great Leap Forward*. Stanford University Press.
- Yang, M. M.** (1994). *Gifts, Favors and Banquets. The Art of Social Relationships in China*. Londres: Cornell University Press.
- Yingxiangn, C.** (2004). *Dégel de l'intelligence en Chine, 1976-1989*. París: Gallimard.
- Zweig, D.** (1997). *Freeing China's Farmers. Rural Reconstruction in the Reform Era*. Nueva York: Armonk, Sharpe.

